

REVOLUCIÓN RUSA Y ANARQUISMO

Daniel Guerin

LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905

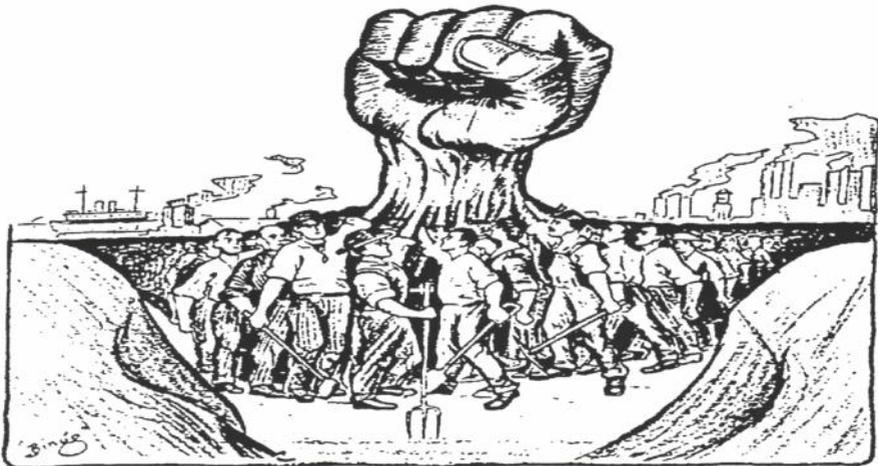
Julian Vadillo

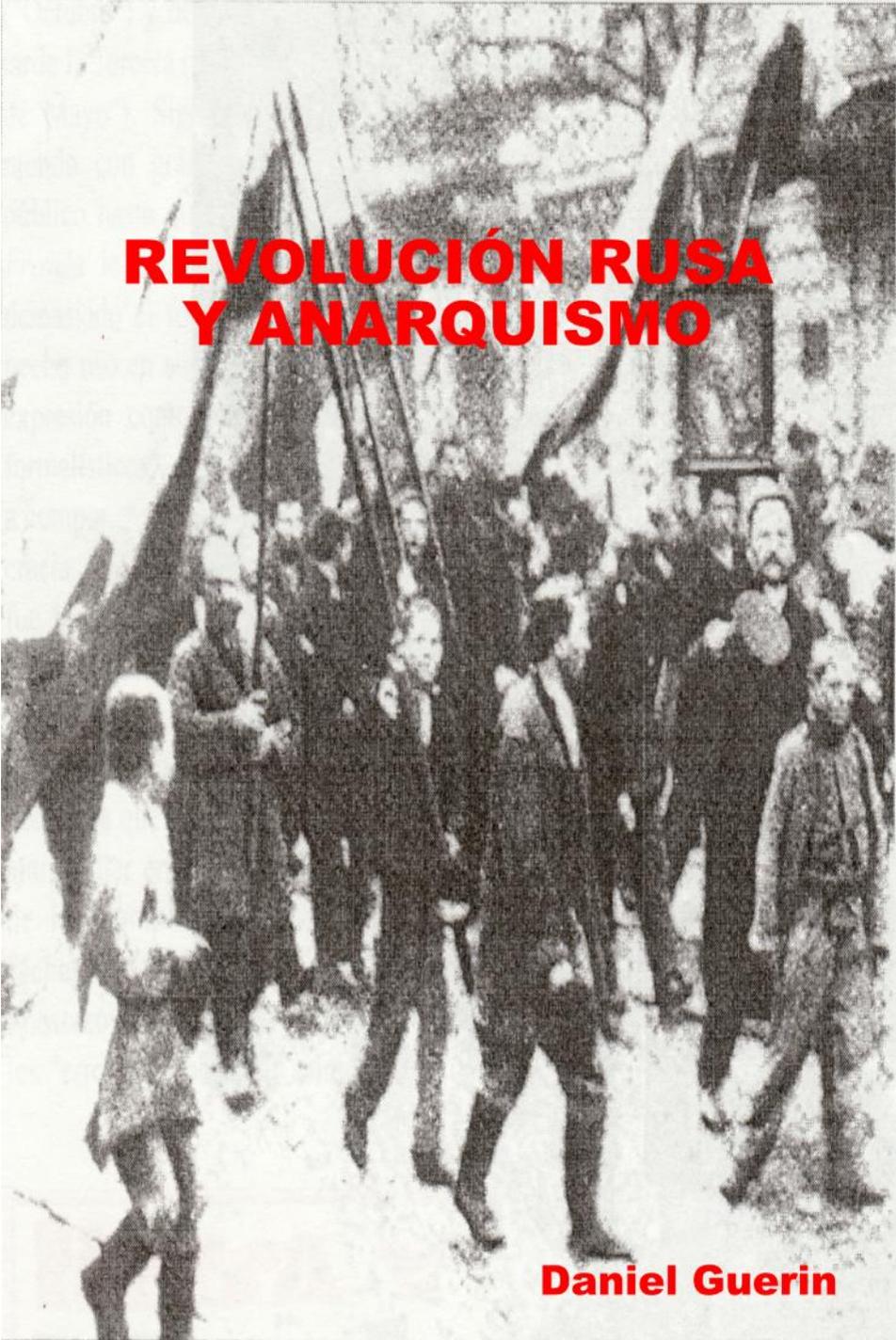


Ekinaren Ekinaz argitaratua
43 posta kutxa - 48970 BASAURI (BIZKAIA)
E-mail: ekinarenekinaz@gmail.com
2009eko ekainean argitaratua

Índice

Revolución rusa y anarquismo - Daniel Guerin	5
El anarquismo en la revolución rusa	7
Una revolución libertaria	7
Una revolución "autoritaria"	9
El papel de l@s anarquistas	14
La "Makhovchina"	16
Cronstadt	18
El anarquismo muerto y revivido	21
La revolución rusa de 1905 - Julián Vadillo	25
Introducción	27
Situación de Rusia	27
Las ideologías político-sociales	29
El estallido revolucionario	31
El papel del anarquismo	34
Triunfo reformista	38
Epílogo	39





REVOLUCIÓN RUSA Y ANARQUISMO

Daniel Guerin



El anarquismo en la revolución rusa

La Revolución Rusa dio nuevo impulso al anarquismo, ya remozado en el sindicalismo revolucionario. Esta afirmación puede sorprender al lector, habituado a considerar la gran mutación revolucionaria de octubre de 1917 como obra y patrimonio exclusivo de los bolcheviques. En rigor de verdad, la Revolución Rusa fue un vasto movimiento de masas, una ola de fondo popular que rebasó y arrasó a los grupos ideológicos. No perteneció a nadie en particular; sólo al pueblo. En la medida en que constituyó una auténtica revolución, impulsada desde abajo hacia arriba, capaz de producir espontáneamente órganos de democracia directa, presentó todas las características de una revolución social de tendencias libertarias. No obstante, la debilidad relativa de los anarquistas rusos les impidió explotar una situación excepcionalmente favorable para lograr el triunfo de sus ideas.

La Revolución fue finalmente confiscada y desnaturalizada por la maestría, dirán unos, por la astucia, dirán otros, del equipo de revolucionarios profesionales agrupados en torno a Lenin. Pero esta doble derrota del anarquismo y de la auténtica revolución popular no resultó del todo estéril para la idea libertaria. En primer término, no se renegó de la apropiación colectiva de los medios de producción, con lo que se preservó el terreno donde algún día, quizá, el socialismo desde la base se impondrá sobre la regimentación estatal. En segundo lugar, la experiencia soviética significó una importante lección para algunos anarquistas de Rusia y otros países, a quienes este fracaso temporario enseñó muchas cosas de las cuales el propio Lenin pareció tomar conciencia en vísperas de su muerte, y obligó a reconsiderar los problemas de conjunto de la revolución y del anarquismo. En suma, les mostró, si necesario era, cómo no debe hacerse una revolución, para usar la expresión de Kropotkin, repetida por Volin. Lejos de probar que el socialismo libertario es impracticable, la experiencia soviética confirmó, en buena medida, la exactitud profética de las ideas expresadas por los fundadores del anarquismo y, especialmente, de su crítica del socialismo "autoritario".

Una revolución libertaria

La revolución de 1905 fue el punto de partida de la de 1917. En ella surgieron órganos revolucionarios de nuevo cuño: los soviets, nacidos en las fábricas de San Petersburgo, durante una huelga general espontánea. Los soviets se encargaron de coordinar la lucha de los establecimientos en huelga, y llenaron así un lamentable vacío, por cuanto el país carecía casi por completo de movimiento sindical y de tradición sindicalista. El anarquista Volin se contaba entre los hombres del pequeño grupo estrechamente ligado a los obreros que, por sugerencia de éstos, tuvo la idea de crear el primer soviet. El testimonio de Trotski, que meses después debía llegar a la presidencia del Soviet, confirma el de Volin. Sin intención peyorativa, más bien podría decirse lo contrario, escribe Trotski en sus comentarios sobre la revolución de 1905: «La actividad del soviet significa la organización de la anarquía. Su existencia y desarrollo posteriores marcaron una consolidación de la anarquía».

Esta experiencia se grabó indeleblemente en la conciencia obrera, y cuando estalló la Revolución de febrero de 1917, los dirigentes revolucionarios no tuvieron nada que inventar. Los trabajadores se apoderaron espontáneamente de las fábricas. Los soviets resurgieron naturalmente; una vez más, tomaron por sorpresa a los profesionales de la Revolución. Según reconoció el mismo Lenin, las masas obreras y campesinas eran «cien veces más izquierdistas» que los

bolcheviques. Los soviets gozaban de tal prestigio que la insurrección de octubre sólo pudo desencadenarse a su llamado y en su nombre.

Pese a su impulso carecían de homogeneidad, de experiencia revolucionaria y de preparación ideológica. Por ello fueron fácil presa de partidos políticos con ideas revolucionarias vacilantes. Pese a ser una organización minoritaria, el partido bolchevique era la única fuerza revolucionaria que estaba verdaderamente organizada y perseguía objetos definidos. Ni en el plano político ni en el sindical tenía casi rivales dentro del campo de la extrema izquierda y disponía de elementos dirigentes de primer orden. Desplegaba «una actividad frenética, febril, impresionante» como admitió Volin.

Con todo, el aparato del partido donde Stalin desempeñaba, a la sazón, un papel secundario siempre miró con cierta desconfianza la molesta competencia de los soviets. Inmediatamente después de la toma del poder, la irresistible tendencia espontánea a la socialización de la producción se canalizó mediante el control obrero. El decreto del 14 de noviembre de 1917 legalizó la intervención de l@s trabajadores en la dirección de las empresas y en el cálculo del costo, abolió el secreto comercial y obligó a los patronos a mostrar su correspondencia y sus cuentas.

«Los jefes de la revolución no tenían intención de ir más allá», informa Victor Serge. En abril de 1918, «seguían considerando la posibilidad (...) de formar sociedades mixtas por acciones, en las cuales participarán capitales rusos y extranjeros, amén del Estado soviético». «Las medidas de expropiación se tomaron por iniciativa de la masa y no del poder gobernante».

El 20 de octubre de 1917, en el primer congreso de consejos de fábrica, se presentó una moción de inspiración anarquista en la cual se reclamaba: «El control de la producción y las comisiones de control no deben ser simples comités de verificación, sino (...) las células generadoras del mundo futuro, destinadas a preparar desde ahora el paso de la producción a manos de l@s obrer@s». A. Pankrátova señala: «Cuando más viva era la resistencia opuesta por l@s capitalistas a la aplicación del decreto sobre el control obrero, y cuanto más empeñada su negativa a permitir la injerencia de l@s trabajadores en la producción, tanto más fácil y favorablemente afirmaban estas tendencias anarquistas después de la Revolución de Octubre».

Pronto se comprobó, en efecto, que el control obrero era una medida tibia, inoperante y deficiente. Los empleados saboteaban, ocultaban existencias, sustraían herramientas, provocaban a l@s obrer@s y hacían lock-out (cierre patronal); a veces se servían de los comités de fábrica como de simples agentes o auxiliares de dirección, y hasta hubo quienes trataron de hacer nacionalizar sus establecimientos por creerlo provechoso. Como respuesta a estas sucias maniobras, l@s obrer@s se apoderaban de las fábricas y las ponían nuevamente en marcha por su cuenta.

«No eliminaremos a los industriales por iniciativa propia» expresaban l@s obrer@s en sus mociones , «pero nos haremos cargo de la producción si no quieren asegurar el funcionamiento de las fábricas». Pankrátova agrega que, en este primer período de socialización «caótica» y «primitiva», los consejos de fábrica «frecuentemente tomaban la dirección de los establecimientos cuy@s propietari@s habían sido eliminad@s o habían preferido huir».

Muy pronto, el control debió dar pasos a la socialización. Lenin tuvo que obligar prácticamente a sus timoratos lugartenientes a arrojar se en el «crisol de la creación popular viva» y a usar un lenguaje auténticamente libertario. La autogestión obrera debía ser la base de la reconstrucción revolucionaria. Sólo ella podía despertar en las masas un entusiasmo revolucionario capaz de hacer posible lo imposible. Cuando el último peón, el más insignificante desocupad@, la humil-

de cocinera, vean las fábricas, las tierras y la administración confiadas a las asociaciones de obrer@s, emplead@s, funcionari@s y campesin@s, puestas en manos de comités democráticos de abastecimiento, etc., creados espontáneamente por el pueblo, «cuando l@s pobres vean y sientan esto, ninguna fuerza podrá vencer la revolución social». El porvenir pertenecía a una república del tipo de la Comuna de 1871, a una república de soviets.

«Con objeto de impresionar a las masas, de ganarse su confianza y sus simpatías, el partido bolchevique comenzó a lanzar (...) lemas que, hasta entonces, habían sido característicos (...) del anarquismo», relata Volin. Lemas tales como todo el poder a los soviets (realizado a principios de 1918), Lenin proclamó: «Las ideas anarquistas adquieren ahora formas vivas». Poco después, en el séptimo congreso del Partido (6 a 8 de marzo), hizo adoptar tesis que trataban, entre otras cosas, de socialización de la producción dirigida a los organismos obreros (sindicatos, comités de fábrica, etc.), de la eliminación de l@s funcionari@s profesionales, la policía y el ejército, de la igualdad de salarios y sueldos, de la participación de tod@s l@s miembros de los soviets en la dirección y administración del Estado, se la supresión progresiva y total de dicho Estado y del signo monetario. En el congreso de sindicatos (primavera de 1918), Lenin describió a las fábricas como «comunidades autogobernadas de productores y consumidores». El anarcosindicalista Maximov llegó a sostener «L@s bolcheviques no sólo abandonaron la teoría del debilitamiento gradual del Estado, sino también la ideología marxista en su conjunto. Se habían transformado en una especie de anarquistas».

Una revolución "autoritaria"

Pero este audaz cambio, tendiente a situarse en la línea del instinto y la disposición revolucionaria de las masas, si bien logró poner a l@s bolcheviques a la cabeza de la Revolución, no correspondía a su ideología tradicional ni a sus verdaderas intenciones. Desde siempre fueron "autoritari@s", entusiastas de las ideas del Estado, dictadura, centralización, partido dirigente y dirección de la economía desde arriba, todas ellas en flagrante contradicción con una concepción verdaderamente libertaria de la democracia soviética.

El Estado y la Revolución, obra escrita en vísperas de la insurrección de octubre, es un espejo en el que se refleja la ambivalencia del pensamiento de Lenin. Algunas de sus páginas bien podrían haber sido firmadas por un libertari@ y, como ya hemos visto, en ellas se rinde homenaje a l@s anarquistas, parcialmente al menos. Pero este llamado a la revolución desde abajo encierra un alegato a favor de la revolución desde arriba. Las ideas de Estado, centralización y jerarquía no están insinuadas de modo más o menos disimulado; por el contrario, aparecen franca y directamente: el Estado sobrevivirá a la conquista del poder por el proletariado y se extinguirá sólo después de transcurrido un período transitorio. ¿Cuánto durará este purgatorio? Lenin no nos oculta la verdad; nos dice sin pena, antes bien con alivio: el proceso será «lento», de «larga duración». Bajo la apariencia del poder de los soviets, la revolución engendrará en realidad el «Estado proletario» o la «dictadura del proletariado», «el Estado burgués sin burguesía», como admite, casi sin quererlo, el propio autor cuando consiente en ir al fondo de su pensamiento. Tal Estado omnívoro tiene por cierto la intención de absorberlo todo.

Lenin sigue la escuela de su contemporáneo, el capitalismo de Estado alemán, de la Kriegswirtschaft (economía de guerra). También toma como modelo los métodos capitalistas de organización de la gran industria moderna, con su «disciplina de hierro». Un monopolio estatal como el Correo le hace exclamar, maravillado: «¡Que mecanismo de admirablemente perfeccionado!

Toda la vida económica organizada como en Correo (...) eso es el Estado, ésta es la base económica que necesitamos». El querer prescindir de la «autoridad» y la «subordinación», no es más que «un sueño anarquista», afirma categóricamente. Poco antes, le entusiasmaba la idea de confiar la producción y el intercambio a las sociedades obreras, a la autogestión. Pero había un error en el orden de las cosas. No oculta su receta mágica: tod@s l@s ciudadan@s han de convertirse en «emplead@s y obrer@s de un solo trust universal: el Estado», la sociedad entera será «una inmensa oficina y una gran fábrica». Existirán los soviets, a no dudarlo, pero bajo la égida del partido obrero, de un partido que tiene la misión histórica de «dirigir» al proletariado.

L@s anarquistas rus@s más lúcid@s no se dejaron engañar. En el apogeo del periodo libertario de Lenin, conjuraban ya a l@s trabajadores a ponerse en guardia. En su periódico Golos Trudá (La Voz del Trabajo); podían leerse, hasta fines de 1917 y principios de 1918, estas proféticas advertencias de Volin: «Una vez que hayan consolidado y legalizado su poder, l@s bolcheviques — que son socialistas, polític@s y estatistas, es decir, hombres de acción centralista y autoritari@s — comenzarán a disponer de la vida del país y del pueblo con medios gubernativos y dictatoriales impuestos desde el centro (...). Vuestros soviets (...) se convertirán paulatinamente en simples instrumentos ejecutivos de la voluntad del gobierno central (...). Asistiremos a la erección de un aparato autoritario, político y estatal que actuará desde arriba y comenzará a aplastarlo todo con su mano de hierro (...). ¡Ay de quien no esté de acuerdo con el poder central!». «Todo el poder de los soviets pasará a ser, de hecho, la autoridad de l@s jefes del partido».

La tendencia cada vez más anarquizante de las masas obligó a Lenin a apartarse por un tiempo del viejo camino, dice Volin. Sólo dejaba subsistir al Estado, la autoridad y la dictadura por una hora, por un minuto, para dar paso, acto seguido, al «anarquismo». «Pero por todos los diablos, ¿no os imagináis (...) que dirá el ciudadano Lenin cuando consolide el poder actual y sea posible hacer oídos sordos a la voz de las masas?». Naturalmente, volverá a los senderos trillados. Creará un «Estado marxista» del tipo más perfeccionado.

Se comprende, sería aventurado sostener que Lenin y su equipo tendieron conscientemente una trampa a las masas. En ell@s existía más dualismo doctrinario que duplicidad. Entre los dos polos de su pensamiento había una contradicción tan evidente, tan flagrante, que era de prever que pronto los hechos obligarían a una definición. Una de dos: o bien la presión anarquizante de las masas compelia a l@s bolcheviques a olvidar sus inclinaciones autoritarias o por el contrario, la consolidación de su poder, reforzada por el sofocamiento o debilitamiento de la revolución popular, l@s llevaba a regalar sus veleidades anarquizantes al desván de los trastos viejos.

El problema se complicó al añadirse un elemento nuevo y perturbador: la situación derivada de la terrible guerra civil, la intervención extranjera, la desorganización de los transportes y la escasez de técnicos. Estas circunstancias empujaron a los dirigentes soviéticos a tomar medidas de excepción, a recurrir a la dictadura, la centralización y un régimen de «mano de hierro». L@s anarquistas negaron, empero, que todas estas dificultades tuvieran únicamente causas «objetivas» y externas a la Revolución. Opinaban que, en parte, se debían a la lógica interna de los conceptos autoritarios del bolcheviquismo, a la impotencia de un poder burocratizado y centralizado en exceso. Según Volin, la incompetencia del Estado y su pretensión de dirigir y controlar todo fueron dos de los factores que lo incapacitaron para reorganizar la vida económica del país y lo condujeron a un verdadero «desastre», marcado por la paralización de la actividad industrial, la ruina de la agricultura y la destrucción de todo vínculo entre las distintas ramas de la economía.

economía.

Volin relata el caso de la antigua refinería de petróleo Nobel, de Petrogrado al ser abandonada por sus propietarios, los cuatro mil obreros empleados en el establecimiento decidieron hacerlo trabajar colectivamente. Guiados por este propósito, se dirigieron al gobierno bolchevique sin encontrar eco. Entonces intentaron poner la empresa en marcha con sus propios medios. Se dividieron en grupos móviles que se ocuparon afanosamente de buscar combustibles, materias primas, mercados y transporte. Para solucionar este último problema, habían iniciado ya negociaciones con sus camaradas ferroviarios. El gobierno se irritó. Por ser responsable ante el país entero, no podía admitir que cada fábrica actuara a su gusto y manera. Obstinado, el consejo obrero convocó una asamblea general de trabajadores. El Comité de Trabajo en persona se tomó la molestia de advertir a los obreros que no osarán realizar «un acto de grave indisciplina». Fustigó su actitud «anarquista y egoísta» y les amenazó con el despido sin indemnización. Los trabajadores replicaron que no solicitaban ningún privilegio: el gobierno no tenía más que dejar a los obreros y campesinos actuar del mismo modo en todo el país. Todo fue en vano. El gobierno se mantuvo en su posición y la refinería fue clausurada.

La dirigente comunista Alexandra Kolotái corrobora lo expuesto por Volin. En 1921, señaló con pesar que innumerables iniciativas obreras habían naufragado en el mar de legajos y de estériles palabras administrativas: «¡Qué amargura para los obreros! (...), darse cuenta que cuánto habrían podido hacer si les hubieran dado el derecho y la posibilidad de actuar (...). La iniciativa perdió impulso: el deseo de actuar murió».

En realidad el poder de los soviets duró apenas unos meses, desde octubre de 1917 hasta la primavera de 1918. Muy pronto, los consejos de fábrica fueron despojados de sus atribuciones so pretexto de que la autogestión no tenía en cuenta las necesidades «racionales» de la economía y fomentaba el egoísmo de las empresas, empeñadas en hacerse competencia, disputarse los magros recursos y sobrevivir a toda costa, aunque hubiera otras fábricas más importantes «para el Estado» y mejor equipadas. En resumen, y para usar las palabras de A. Pankrátova, se iba a una fragmentación de la economía en «federaciones autónomas de productores, del tipo soñado por los anarquistas». Es innegable que la naciente autogestión obrera merecía ciertos reparos. Penosamente, casi a tientas, había tratado de crear nuevas fórmulas de producción sin precedentes en la historia humana. Se había equivocado, había tomado por caminos falsos, es cierto, pero éste era el tributo del aprendizaje. Como afirmó Kolotái, el comunismo no podía «nacer sino de un proceso de búsquedas y pruebas prácticas cometiendo errores quizás, pero basándose en las fuerzas creadoras de la propia clase obrera».

Los dirigentes del partido no compartían esta opinión. Por el contrario, se sentían muy felices de arrebatar a los comités de fábrica los poderes que, en su fuero interno, se habían resignado sólo resignado a entregarles. A partir de 1918, Lenin inclinó sus preferencias hacia la primacía de la «voluntad de uno solo» en la dirección de las empresas. Los trabajadores debían obedecer «incondicionalmente» a la voluntad única de los dirigentes del desarrollo laboral. Todos los jefes bolcheviques, nos dice Kolotái, «desconfiaban de la capacidad creadora de las colectividades obreras». Para colmo, la administración había sido invadida por innumerables elementos pequeño-burgueses, restos del antiguo capitalismo ruso, que se habían adaptado con harta celeridad a las instituciones soviéticas, habían obtenido puestos de responsabilidad en los diversos comisariatos y consideraban que la gestión económica debía estar en sus manos y no en las de las organizaciones obreras.

Se asistía a la creciente injerencia de la burocracia estatal en la economía. Desde el 5 de diciembre de 1917 la industria fue presidida por el Consejo Económico Superior, encargado de

coordinar autoritariamente la actividad de todos los organismos de producción. El congreso de los Consejo Económicos (26 de mayo—4 de junio de 1918) decidió que se formaran directorios de empresas según el siguiente esquema: las dos terceras partes de sus integrantes serían nombrad@s por los consejos regionales o el Consejo Económico Superior, mientras que el tercio restante sería elegido por l@s obrer@s de cada establecimiento. El decreto de 28 de mayo de 1918 extendió la colectivización a la industria en su conjunto, pero, de un mismo plumazo, transformo en nacionalizaciones las sociedades espontáneas de los primeros meses de la Revolución. Correspondía al Consejo Económico Superior la tarea de organizar la administración de las empresas nacionalizadas. L@s directores y el plantel técnico continuaban en funciones, pero a sueldo del Estado. Durante el segundo congreso del Consejo Económico Superior, reunido a fines de 1918, el miembro informante regañó con acritud a los consejos de fábrica por ser éstos los que, prácticamente, dirigían las empresas en lugar del consejo administrativo.

Seguían haciéndose votaciones para elegir a l@s integrantes de los comités de fábrica, mas sólo por formulismo, pues un miembro de la célula comunista procedía primero a leer una lista de candidat@s, preparada de antemano, y luego se votaba levantando la mano, todo ello en presencia de l@s «guardias comunistas» armad@s del establecimiento. Quién se declaraba contra l@s candidat@s propuest@s, pronto sufría sanciones económicas (reducción de salario, etc.). Como bien dijo Archinov, ya no había más que amo omnipotente: el Estado. La relación entre l@s obrer@s y este nuevo patrón era idéntico a la que había existido entre el trabajo y el capital. Se restauró el salario, con la única diferencia de que ahora el trabajador cumplía un deber para con el Estado.

Los soviets fueron relegados a una función puramente nominal. Se les convirtió en instituciones de poder gubernamental. «Debéis ser las células estatales de base», declaró Lenin el 27 de junio de 1918, en el congreso de los consejos de fábrica. Según las palabras de Volín, quedaron reducidos a «cuerpos puramente administrativos y ejecutivos, encargados de pequeñas tareas locales sin importancia y totalmente sometidos a las directivas de las autoridades centrales: el gobierno y los órganos dirigentes del Partido». No gozaban siquiera de «una sombra de poder». Durante el tercer congreso de los sindicatos (abril de 1920), Losovski miembro informante, reconoció: «Hemos renunciado a los viejos métodos de control obrero, de los cuales sólo hemos conservado el principio estatal». A partir de entonces, ese «control» fue ejercido por un organismo del Estado: la Inspección Obrera y Campesina.

En los primeros tiempos, las federaciones de industria, de estructura centralista, sirvieron a l@s bolcheviques para aprisionar y subordinar a los consejos de fábrica, federalistas y libertarios por naturaleza. El 1º de abril de 1918 se consumó la fusión de los dos tipos de organización, siempre bajo el ojo vigilante del partido. El gremio de l@s metalúrgic@s de Petrogrado prohibió a los consejos de fábrica «tomar iniciativas desorganizadoras» y reprochó su «peligrosísima» tendencia a poner en manos de l@s trabajadores tal o cual empresa. Según decía, ello significaba imitar de la peor manera a las cooperativas de producción, que «habían demostrado su incompetencia hacia ya largo tiempo» y «estaban destinadas a transformarse en empresas capitalistas». «Todo establecimiento abandonado o saboteado por un industrial y cuya producción fuera necesaria para la economía nacional, debía pasar a depender del Estado». Era «inadmisible» que l@s obrer@s tomaran empresas a su cargo sin contar con la aprobación del aparato sindical.

Tras esta operación preparatoria se domesticó, depuró y despojó de toda autonomía a los dicatos obreros: sus congresos fueron diferidos, sus miembros detenid@s y sus organizaciones disueltas o fusionadas en unidades más grandes. Al término de este proceso, se habían elimina-

do hasta el menor rastro de orientación anarcosindicalista, y el movimiento gremial quedó estrechamente subordinado al Estado y al partido único.

Igual suerte corrieron las cooperativas de consumo. Al principio surgieron por doquier, se multiplicaron y confederaron. Pero cometieron el error de escapar al control del partido y de dejar que algun@s socialdemócratas (mencheviques) se infiltraran en ellas. L@s bolcheviques comenzaron por privar a las tiendas locales de sus medios de abastecimiento y transporte, so pretexto de que su actividad equivalía a un «comercio privado» o de que se dedicaban a la «especulación», en algunos casos, ni siquiera daban razones para justificar este proceder. Luego todas las cooperativas libres fueron clausuradas simultáneamente, y en su lugar se instalaron burocráticas cooperativas estatales. Por el decreto del 20 de marzo de 1919, las cooperativas de producción industrial se integraban en el Consejo Económico Superior. Much@s fueron l@s miembros de las cooperativas que terminaron en prisión. La clase obrera no supo reaccionar con suficiente rapidez y energía. Estaba dispersa, aislada en un inmenso país atrasado y de economía primordialmente rural, agotada por las privaciones y las luchas revolucionarias y, peor aún, desmoralizada, había perdido sus mejores elementos, que la dejaron para ir a combatir en la guerra civil o fueron absorvid@s por la maquinaria del partido o del gobierno. Pese a todo, hubo much@s trabajadores que se percataron de que sus conquistas revolucionarias les habían sido arrebatadas, de que se les había privado de sus derechos y puesto bajo tutela, que se sintieron humillad@s por la arrogancia o la arbitrariedad de l@s nuev@s am@s y tuvieron conciencia de cuál era la verdadera naturaleza del supuesto «Estado proletario». Fue así como, durante el verano de 1918, obrer@s descontent@s de las fábricas de Moscú y Petrogrado realizaron elecciones entre ell@s a fin de formar auténticos «consejos de delegad@s» para oponerlos a los soviets de la empresa, ya dominados por el poder central. Según atestigua Kolontái, el obre-r@ sentía, veía y comprendía que se le hacía a un lado. Le bastaba comprobar cómo vivían l@s funcionari@s soviétic@s y cómo vivía él, pilar sobre el cual descansaba, al menos en teoría, la «dictadura del proletariado».

Pero cuando l@s trabajadores llegaron a ver claro, era ya demasiado tarde. El poder había tenido tiempo de organizarse sólidamente y disponía de fuerzas de represión capaces de doblegar cualquier intento de acción autónoma de las masas. Volin afirma que, durante tres años, la vanguardia obrera libró una lucha dura y desigual, prácticamente ignorada fuera de Rusia, contra un aparato estatal que se obstinaba en negar que entre él y las masas se había abierto un abismo. Durante el lapso de 1919 a 1921 se multiplicaron las huelgas en los grandes centros urbanos, sobre todo en Petrogrado, y hasta Moscú. Fueron, como veremos luego, duramente reprimidas.

Dentro del propio partido dirigente surgió una «Oposición Obrera» que reclamaba el retorno a la democracia soviética y a la autogestión. Durante el décimo congreso del Partido, realizado en marzo de 1921, Alexandra Kolotáí, una de sus portavoces, distribuyó un folleto en el que se pedía libertad de iniciativa y de organización para los sindicatos, así como la elección, por un «congreso de productores», de un órgano central de administración de la economía nacional. Este opúsculo fue confiscado y prohibido. Lenin logró que l@s congresistas aprobaran casi por unanimidad una resolución en la cual se declaraba que las tesis de la Oposición Obrera eran «desviaciones pequeño-burguesas y anarquistas»: a sus ojos, el «sindicalismo», el «semianarquismo» de l@s opositores constituía un «peligro directo» para el monopolio del poder ejercido por el Partido en nombre del proletariado.

Esta lucha continuó en el seno del grupo directivo de la central sindical. Por haber apoyado la independencia de los sindicatos respecto del Partido, Tomski y Riazánov fueron excluidos del

presidium y enviados al exilio. Igual suerte sufrieron Shiliápnikov, principal dirigente de la Oposición Obrera, y G. I. Miásnikov, cabeza de otro grupo opositor. Este último, auténtico obrero que en 1917 ajustició al Gran Duque Miguel, que había actuado en el partido durante quince años y que, antes de la Revolución, había cumplido siete años de cárcel y setenta y cinco días de huelga de Hambre, se atrevió a imprimir, en noviembre de 1921, un folleto en el cual aseveraba que l@s trabajadores habían perdido confianza en l@s comunistas porque el partido ya no hablaba el mismo idioma de la clase obrera y ahora dirigía contra ella los mismos medios que se emplearon contra l@s burgueses entre 1918 y 1920.

El papel de l@s anarquistas

¿Qué papel desempeñaron l@s anarquistas rus@s en aquel drama en el cual una revolución de tipo libertario fue transmutada en su opuesto? Rusia no tenía casi tradición libertaria. Bakunin y Kropotkin se convirtieron al anarquismo en el extranjero; ni uno ni otro militaron jamás como anarquistas dentro de Rusia. En lo que atañe a sus obras, por lo menos antes de la Revolución de 1917, se publicaron fuera de su país natal y, muchas veces en lengua extranjera. Sólo algunos extractos llegaron a Rusia, y ello clandestinamente, con grandes dificultades y en cantidades muy limitadas. La educación social, socialista y revolucionaria de l@s rus@s, no tenía absolutamente nada de anarquista. Muy por el contrario, asegura Volin, «la juventud rusa avanzada leía literatura que invariablemente, presentaba al socialismo desde la perspectiva estatista». Las mentes estaban impregnadas de la idea de gobierno: la socialdemocracia alemana había contaminado a tod@s.

L@s anarquistas eran apenas «un puñado de hombres sin influencia». Sumaban, cuando más, algunos miles. Siempre al decir de Volin, su movimiento era «todavía demasiado débil para tener influencia inmediata y concreta sobre los acontecimientos». Néstor Makhno fue, junto con Volin, una de las excepciones a esta regla; actuó en su Ucrania Natal, en el corazón de las masas y, en sus memorias declara con gran severidad que el anarquismo ruso «se encontraba a la zaga de los acontecimientos y, a veces, hasta completamente fuera de ellos»

No obstante, este juicio parece algo injusto. Entre la Revolución de febrero y la de octubre, l@s anarquistas cumplieron un papel nada desdeñable. Así lo reconoce Trotski repetidamente en el curso de su Historia de la Revolución Rusa. «osad@s» y «activ@s» pese a su escaso número, fueron adversari@s por principio de la Asamblea Constituyente, en un momento en el que l@s bolcheviques no eran todavía antiparlamentari@s. Mucho antes que el partido de Lenin, inscribieron en su bandera el lema de todo el poder para los soviets. Ell@s dieron el impulso al movimiento de socialización espontánea de la vivienda, muchas veces contra la voluntad de l@s bolcheviques. Y en parte por iniciativa de l@s militantes anarcosindicalistas, l@s obrer@s se apoderaban de las fábricas, aun antes de octubre.

Durante las jornadas revolucionarias que pusieron término a la república burguesa de Kerenski, l@s anarquistas estuvieron en los puestos de vanguardia de la lucha militar, descollaron especialmente en el regimiento de Dvinsk, el cual a las órdenes de veteran@s libertari@s como Grachov y Fedótov, desalojó a los «cadetes» contrarrevolucionarios. La Asamblea Constituyente fue dispersada el anarquista Anatol Zhelezniákov, secundado por su destacamento; l@s bolcheviques no hicieron más que ratificar la hazaña ya cumplida. Muchos grupos de guerriller@s, fomados por anarquistas o dirigidos por ell@s (los de Mokuósov, Cherniak y otr@s), lucharon sin tregua contra los ejércitos blancos desde 1918 a 1920.

No hubo casi ciudad importante que no contara con un grupo anarquista o anarcosindicalista

afanoso por difundir material impreso relativamente considerable; periódicos, revistas, folletos de propaganda, opúsculos, libros. En Petrogrado aparecían dos semanarios y en Moscú un diario, cada uno de los cuales tenía una tirada de 25.000 ejemplares. El público de l@s anarquistas aumentó a medida que se ahondaba la Revolución, hasta que se apartó de las masas.

El 6 de abril de 1918, el capitán francés Jacques Sadoul, que cumplía una misión en rusia, escribió en un informe: «El partido anarquista es el más activo, el más combativo de los grupos de la oposición y, probablemente el más popular (...). Los bolcheviques están inquietos». A fines de 1918, afirma Volin, «esta influencia llegó a un punto tal que l@s bolcheviques, l@s cuales no admitían críticas, y menos aún que se les contradijera, se inquietaron seriamente». Para la autoridad soviética, informa el mismo autor, «tolerar la propaganda anarquista equivalía (...) al suicidio. Por ello hizo todo lo posible, primero por impedir, luego por prohibir y, finalmente por suprimir mediante la fuerza bruta cualquier manifestación de las ideas libertarias».

El gobierno bolchevique «comenzó por clausurar brutalmente los locales de las organizaciones libertarias y prohibirles a l@s anarquistas toda propaganda o actividad». Fue así como, la noche del 12 de abril de 1918 destacamentos de guardias rojos armados hasta los dientes realizaron una sorpresiva operación de limpieza en veinticinco casas ocupadas por l@s anarquistas en Moscú. Creyéndose atacad@s por soldados blancos, l@s libertari@s respondieron a tiros. Luego, siempre según Volin, el poder gobernante procedió a tomar «medidas más violentas: encarcelamientos, proscripciones, muertes». «Durante cuatro años este conflicto tendrá en vilo al poder bolchevique (...), hasta la aniquilación definitiva de la corriente libertaria manu militari» (finales de 1921).

La derrota de l@s anarquistas fue facilitada por el hecho de estaban dividid@s en dos fracciones: una que se negaba a ser domesticada y otra que se dejaba domar. Este último grupo invocaba la «necesidad histórica» para justificar su lealtad hacia el régimen y aprobar, al menos momentáneamente, sus actos dictatoriales. Para ell@s, lo primordial era terminar victoriosamente la guerra civil y aplastar la contrarrevolución.

Estrategia de pocos alcances, opinaban l@s anarquistas intransigentes. En efecto, eran precisamente factores como la impotencia burocrática del aparato gubernamental, la decepción y el descontento populares los que alimentaban los movimientos contrarrevolucionarios. Además, el poder terminó por no distinguir ya la avanzada de la Revolución libertaria (que ponía en tela de juicio la validez de sus medios de dominación) de las empresas criminales de sus adversari@s derechistas. Para l@s anarquistas, sus futuras víctimas, el aceptar la dictadura y el terror equivalía a una política de suicidio. Finalmente, la adhesión de l@s anarquistas llamad@s «soviétic@s» facilitó el aniquilamiento de l@s otr@s, de l@s irreductibles, a quienes se tacho de «fals@s» anarquistas, de soñadores irresponsables y carentes de sentido de la realidad, de estúpid@s desorientad@s, de divisionistas, de loc@s furios@s y, como corolario, de bandid@s y contrarrevolucionari@s.

El más brillante y, por tanto, el más escuchado de l@s anarquistas adherid@s al régimen, fue Víctor Serge. Hombre a sueldo del gobierno, publicó en lengua francesa un opúsculo en el que intentaba defenderlo de las críticas anarquistas. El libro que escribió tiempo después, *L'An I de la Révolution Russe*, es en gran parte una justificación de la eliminación de los soviets por te del bolcheviquismo. Presenta al partido mejor dicho, a su grupo selecto de dirigentes co-mo cerebro de la clase obrera. Es misión de l@s jefes de la vanguardia, debidamente seleccionad@s, determinar qué puede hacer el proletariado. Sin ell@s, l@s trabajadores organizad@s en soviets no serían «más que una masa informe de hombres con aspiraciones confusas iluminadas por fugaces relámpagos de inteligencia».

Victor Serge era, sin duda, demasiado lúcido para hacerse la menor ilusión sobre la verdadera naturaleza del poder soviético. Pero éste se encontraba todavía aureolado por el prestigio de la primera revolución proletaria victoriosa y era objeto de los infames ataques de la contrarrevolución mundial; y esa fue una de las razones — la más honorable — por las cuales Serge, como tantos otros revolucionarios, se creyó en el deber de callar y disimular los errores bolcheviques. Durante una conversación que sostuvo privadamente en el verano de 1921 con el anarquista Gastón Leval, llegado a Moscú como integrante de la delegación española ante el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, confesó: «El partido comunista, ya no ejerce la dictadura del proletariado, sino sobre el proletariado». Al regresar a Francia, Leval publicó en *Le Libéraire* algunos artículos en los que, basándose en hechos precisos, cotejaba las palabras que Victor Serge le había dicho confidencialmente con los conceptos expresados públicamente por éste, los cuales calificaba de «mentiras conscientes». En su libro *Living my life*, Emma Goldman, anarquista norteamericana que vio personalmente la actuación de Victor Serge en Moscú, no se mostró más blanda con él.

La "Makhnovchia"

Si bien la eliminación de los grupos anarquistas urbanos, pequeños núcleos impotentes, iba a ser tarea relativamente fácil, no sucedería lo mismo con los del sur de Ucrania, donde el campesino Néstor Makhno había formado una fuerte organización anarquista rural de carácter económico y militar. Hijo de campesinos ucranianos pobres, Makhno contaba con apenas treinta años en 1919. Participó en la Revolución de 1905 y abrazó la idea anarquista siendo muy joven. Condenado a muerte por el zarismo, su pena fue conmutada por la de ocho años de encierro, tiempo que pasó casi siempre encadenado en la cárcel de Butiki. Esta fue su única escuela, pues allí, con la ayuda de un compañero de prisión, Piotr Archinov, llenó, siquiera parcialmente, las lagunas de su educación.

La organización autónoma de las masas campesinas que se constituyó por su iniciativa inmediatamente después del movimiento de octubre, abarcaba una región poblada por siete millones de habitantes que formaban una especie de círculo de 280 por 250 kilómetros. La extremidad sur de esta zona llegaba al mar de Azov, incluyendo el puerto de Berdiansk. Su centro era Guliai-Polié, pueblo que tenía entre veinte y treinta mil habitantes. Esta región era tradicionalmente rebelde. En 1905, fue teatro de violentos disturbios.

Todo comenzó con el establecimiento, en suelo ucraniano, de un régimen derechista impuesto por los ejércitos de ocupación alemán y austriaco. El nuevo gobierno se apresuró a devolver a sus antiguos propietarios las tierras que los campesinos revolucionarios acababan de quitarles. Los trabajadores del suelo tomaron las armas para defender sus recientes conquistas, tanto de la reacción como de la intempestiva intrusión, en la zona rural, de los comisarios bolcheviques y de sus requisas, gravosas por demás. Esta gigantesca rebelión campesina tuvo como alma mater a un hombre justiciero, una especie de Robin Hood anarquista, a quien los campesinos llamaban «padre» Makhno. Su primer hecho de armas fue la conquista de Guliai-Polié, a mediados de septiembre de 1918. Pero el armisticio del 11 de septiembre trajo consigo la retirada de las fuerzas de ocupación germano-austriacas y brindó a Makhno una ocasión única para reunir reservas de armas y materiales.

Por primera vez en la historia, en la Ucrania liberada se aplicaron principios del comunismo libertario y, dentro de lo que la situación de guerra civil permitía, se practicó la autogestión. Los campesinos cultivaban en común las tierras disputadas a los antiguos terratenientes y se

agrupaban en «comunas» o «soviets de trabajo libre» donde reinaba la fraternidad y la igualdad. Tod@s hombres, mujeres y niñ@s debían trabajar en la medida de sus fuerzas. L@s compañer@s elegid@s para cumplir temporalmente las funciones administrativas volvían a sus tareas habituales, junto con l@s demás miembros de la comuna, una vez terminada su gestión.

Cada soviet era sólo el ejecutor de la voluntad de l@s campesin@s de la localidad que lo había elegido. Las unidades de producción estaban federadas en distritos, y éstos, en regiones. Los soviets formaban parte de un sistema económico de conjunto, basado en la igualdad social. Debían ser absolutamente independientes de cualquier partido político y no se permitía a ningún polític@ profesional tratar de gobernarlos amparándose tras el poder soviético. Sus miembros tenían que ser trabajadores auténtic@s, dedicad@s a servir exclusivamente los intereses de las masas laboriosas.

Siempre que l@s guerriller@s makhnovistas entraban en una localidad fijaban carteles que rezaban: «La libertad de l@s campesin@s y de l@s obrer@s les pertenece y no puede ni debe sufrir restricción alguna. Corresponde a l@s propi@s campesin@s y obrer@s actuar, organizarse, entenderse en todos los dominios de la vida, siguiendo sus ideas y deseos (...). L@s makhnovistas sólo pueden ayudar@s dándoles consejo u opiniones (...). Pero no pueden ni quieren, en ningún caso, gobernar@s».

Cuando, posteriormente, en el otoño de 1920, l@s hombres de Makhno se vieron obligad@s a celebrar un efímero acuerdo de igual a igual con el poder bolchevique, insistieron en que se añadiera la siguiente cláusula: «En la región donde opere el ejército makhnovista, la población obrera y campesina creará sus propias instituciones libres para la autodeterminación económica y política; dichas instituciones serán autónomas y estarán ligadas federativamente por pactos con los organismos gubernamentales de las repúblicas soviéticas». Consternad@s, l@s negociadores bolcheviques decidieron remitir esta cláusula a Moscú para su estudio; ni que decir tiene que en la capital se la juzgó «absolutamente inadmisibles».

Uno de los puntos relativamente débiles del movimiento makhnovista lo constituyó el escaso número de intelectuales libertari@s que tuvieron participación directa en él. De todos modos, por momentos al menos, recibió ayuda exterior. Primero le auxiliaron l@s anarquistas de Jarkov y de Kusk que, a fines de 1918, se fusionaron en una alianza bautizada con el nombre de Nabat (Alarma), cuyo principal animador era Volin. En abril de 1919, celebraron un congreso donde se pronunciaron «categórica y definitivamente contra toda intervención de los soviets, convertidos en organismos puramente políticos y organizados sobre bases autoritarias, centralistas y estatistas». El gobierno bolchevique consideró este manifiesto como una declaración de guerra, y el grupo Nabat tuvo que suspender sus actividades. En julio de este año, Volin logró llegar al cuartel general de Makhno y allí, de concierto con Piort Archimov, tomó a su cargo la sección de cultura y educación del movimiento. Fue también presidente de uno de los congresos makhnovistas que se reunió en octubre en la ciudad de Alexandrovsk, donde se adoptaron Tesis Generales que dejaban sentada la doctrina de los «soviets libres».

En las reuniones del movimiento se congregaban delegad@s de l@s campesin@s y de l@s guerriller@s, pues la organización civil era la prolongación de un ejército campesino rebelde que practicaba la táctica de las guerrillas. Esta fuerza era notablemente móvil, capaz de recorrer ta cien kilómetros por día, no sólo merced a su caballería sino también a su infantería, que se desplazaba en ligeros vehículos suspendidos sobre flejes y tirados por caballos. Estaba organizada con arreglo a principios específicamente libertarios, tales como el servicio voluntario, la designación electiva de todos los grados y la aceptación voluntaria de la disciplina. Es de notar que tod@s obedecían rigurosamente las reglas disciplinarias, que eran elaboradas por comisiones

de guerriller@s y luego validadas por asambleas generales.

Los cuerpos de guerriller@s de Makhno dieron mucho que hacer a los ejércitos «blancos» intervencionistas. En cuanto a las unidades de l@s guardias roj@s bolcheviques, eran bastante ineficaces. Sólo combatían junto a las vías ferreas y jamás se alejaban de sus trenes blindados; al primer fracaso, se replegaban y, muchas veces, ni siquiera daban tiempo a sus propi@s soldados a volver a subir. Por ello inspiraban poca confianza a l@s campesin@s que, aislad@s en sus villorios y privad@s de armas, habrían estado a merced de los contrarrevolucionarios. «El honor de haber aniquilado la contrarrevolución en Denikin en el otoño de 1918, corresponde principalmente a l@s insurrect@s anarquistas», escribe Archinov, cronista de la makhnovchina.

Makhno se negó en todo momento a poner su ejército bajo el mando supremo de Trotski, jefe del Ejército Rojo, después de que las unidades de l@s guardias roj@s se fusionaron en este último. El gran revolucionario creía su deber encarnizarse contra el movimiento rebelde. El 4 de junio de 1919, dictó una orden por la cual prohibía el próximo congreso de l@s makhnovistas, a quienes acusaba de levantarse contra el poder de los soviets en Ucrania, estigmatizaba como acto de «alta traición» cualquier participación en dicho congreso y mandaba arrestar a sus delegad@s. Iniciando una política imitada dieciocho años después por los stalinistas españoles en su lucha contra las brigadas anarquistas, Trotski se negó a dar armas a l@s guerriller@s de Makhno, con lo cual eludía su deber de auxiliarl@s y luego los acusó de «traidores» y de haberse dejado vencer por las tropas blancas.

No obstante, los dos ejércitos actuaron de acuerdo en dos oportunidades, cuando la gravedad del peligro intervencionista exigió su acción conjunta. Primero, en marzo de 1919, contra Denikin, y luego, durante el verano y el otoño de 1920, momento en que las tropas blancas de Wrangel llegaron a constituir una seria amenaza, finalmente eliminada por Makhno. Una vez conjuro el peligro externo, el Ejército Rojo no tuvo reparos en reanudar las operaciones militares contra l@s guerriller@s de Makhno, quienes le devolvían golpe por golpe.

A finales de noviembre de 1920, el gobierno, sin el menor escrúpulo, les tendió una celada. Se invitó a los oficiales del ejército makhnovista de Crimea a participar en un consejo militar. Tan pronto como llegaron a la cita fueron detenidos por la Cheka, policía política, y fusilados, previo desarme de sus guerriller@s. Simultáneamente, se lanzó una ofensiva a fondo contra Gullai-Polié. La lucha entre libertari@s y «autoritari@s» lucha cada vez más desigual duró otros nueve meses. Por último, Makhno tuvo que abandonar la partida al ser puesto fuera de combate fuerzas muy superiores en número y equipo. En agosto de 1921 logró refugiarse en Rumanía, de donde pasó a París, ciudad en la que murió tiempo después, pobre y enfermo. Así terminó la epopeya de la makhnovchina, que fue, según Piort Archimov, el prototipo de movimiento independiente de las masas laboriosas y, por ello, sería futura fuente de inspiración para l@s trabajadores del mundo.

Cronstadt

Las aspiraciones de l@s campesin@s makhnovistas eran bastante semejantes a las que, en febrero-marzo de 1921, impulsaron a la revuelta de l@s obrer@s y a los marineros de la fortaleza de Cronstadt.

L@s trabajadores urban@s tenían que soportar condiciones materiales ya intolerables debido a la escasez de víveres, combustibles y medios de transporte, a la par que se veían obligad@s por un régimen cada vez más dictatorial y totalitario, que aplastaba hasta la menor manifesta-

ción de descontento. A finales de febrero estallaron huelgas en Petrogrado, Moscú y otros centros industriales. Los trabajadores marcharon de un establecimiento a otro, cerrando fábricas y atrayendo nuevos grupos de obreros al cortejo de huelguistas que reclamaban pan y libertad. El poder respondió con balas, ante lo cual los trabajadores de Petrogrado realizaron un mitin de protesta en el que participaron diez mil personas.

Cronstadt era una base naval insular situada a treinta kilómetros de Petrogrado, en el golfo de Finlandia, cuyas aguas se hielan en invierno. La isla estaba habitada por marineros y varios miles de obreros ocupados en los arsenales de la marina de guerra. En las peripecias revolucionarias de 1917, los marineros de Cronstadt habían cumplido un papel de vanguardia. Fueron, según palabras de Trotski: «el orgullo y la gloria de la Revolución Rusa». Los habitantes civiles de Cronstadt formaban una comuna libre, relativamente independiente del poder. En el centro de la fortaleza había una inmensa plaza pública, con capacidad para 30.000 personas, que servía a modo de foro popular.

Sin duda, los marineros ya no tenían los mismos efectivos ni la misma composición revolucionaria que en 1917; la dotación de 1921 contaba con muchos más elementos salidos del campesinado, pero conservaba el espíritu militante y, por su actuación anterior, el derecho de seguir participando activamente en las reuniones obreras de Petrogrado. Fue así como enviaron emisarios ante los trabajadores en huelga de la antigua capital. Pero las fuerzas del orden obligaron a dichos enviados a volver sobre sus pasos. Entonces se celebraron en el foro de la isla dos mitines populares en los cuales se decidió defender las reivindicaciones de los huelguistas. A la segunda reunión, efectuada el 1º de marzo, asistieron 16.000 personas marineros, trabajadores y soldados y, pese a la presencia del jefe de Estado, el presidente del ejecutivo central, Kalinin, adoptaron una resolución en la cual pedían que, dentro de los diez días siguientes, y sin la participación de los partidos políticos, se convocara una conferencia de obreros, soldados rojos y marineros de Petrogrado, Cronstadt y la provincia de Petrogrado. Exigióse también que se eliminaran los «oficiales políticos», pues ningún partido político debía gozar de privilegios, y que se suprimieran los destacamentos comunistas de choque del ejército, así como la «guardia comunista» de las fábricas.

Naturalmente, los rebeldes de Cronstadt dirigían sus cañones contra el monopolio del partido dirigente, que no vacilaban en calificar de «usurpación». Pasemos breve revista a los conceptos expresados por el diario oficial de esta nueva Comuna, la Izvestia de Cronstadt. Oigamos a los marineros encolerizados. Después de haberse arrogado el poder, el Partido Comunista no tenía más que una preocupación: conservar ese poder por cualquier medio. Se había apartado de las masas y demostró ser incapaz de sacar al país de una situación totalmente desastrosa. Ya no contaba con la confianza de los obreros. Se había tornado burocrático. Despojados de su poder, los soviets habían perdido su verdadero carácter, ahora estaban monopolizados y eran manejados desde fuera; los sindicatos se habían estatizado.

Sobre el pueblo pesaba un omnipotente aparato policial que dictaba sus propias leyes por la fuerza de las armas y el terror. En el plano económico no reinaba el prometido socialismo, basado en el trabajo libre, sino un duro capitalismo de Estado. Los obreros eran simples asalariados de ese trust nacional y estaban sometidos al mismo régimen de explotación de antaño. Los hombres de Cronstadt llegaron hasta el sacrilegio de poner en tela de juicio la infalibilidad de los jefes supremos de la Revolución. Se mofaban irreverentemente de Trotski e incluso de Lenin. Más allá de sus reivindicaciones inmediatas, tales como la restauración de las libertades y la realización de elecciones libres en todos los órganos de la democracia soviética, apuntaban hacia un objetivo de mayores alcances y de contenido netamente anarquista: una «tercera Re-

volución».

En efecto, l@s rebeldes se proponían mantenerse dentro del terreno revolucionario y se comprometieron a velar por las conquistas de la revolución social. Afirmaban no tener nada con quienes desearan «restablecer el knut del zarismo», y si tenían intención de derribar el poder «comunista», no era precisamente para que «l@s obrer@s y l@s campesin@s volvieran a ser esclav@s». Tampoco cortaban todos los puentes entre ell@s y el régimen, pues todavía conservaban la esperanza de «encontrar un lenguaje común». Por último, reclamaban la libertad de expresión, no para cualquiera, sino solamente para los partidos sinceros de la Revolución: anarquistas y «socialistas de izquierda» (fórmula que excluía a l@s socialdemócratas o mencheviques).

Pero la audacia de Cronstadt iba mucho más allá de lo que podían soportar un Lenin o un Trotski. L@s jefes bolcheviques habían identificado definitivamente la Revolución con el Partido Comunista y, a sus ojos todo lo que contrariara ese mito sólo podía ser «contrarrevolucionario». Veían hecha pedazos la ortodoxia marxista-leninista. Y el hecho de que fuera un movimiento que sabían auténticamente proletario el que, de repente, impugnaba su poder, un poder que gobernaba en nombre del proletariado, hacia aparecer más aterradora la sombra de Cronstadt. Además, Lenin se aferraba a la idea un poco simplista de que sólo había dos caminos: la dictadura de su partido o la restauración del régimen zarista. En 1921, l@s gobernantes del Kremlin siguieron un razonamiento similar al que les guió el otoño de 1956: Cronstadt fue la prefiguración de Budapest.

Trotski, el hombre «de la mano de hierro», aceptó tomar personalmente la responsabilidad de la represión. «Si no deponéis vuestra actitud, os cazaremos como a perdices», comunicó a l@s «revoltosos» a través de las ondas radiales. Los marineros fueron indicados como cómplices de los guardias blancos, de las potencias occidentales intervencionistas y de la «Bolsa de París». Serían sometid@s por la fuerza de las armas. En vano se esforzaron Emm Goldman y Alexandr Berkman, que habían encontrado asilo en la patria de l@s trabajadores tras ser deportados de los Estados Unidos, por hacer ver, en una patética carta dirigida a Zinóviev, que el uso de la fuerza haría «un mal incalculable a la revolución social» y por inducir a l@s «camaradas bolcheviques» a solucionar el conflicto con una negociación amistosa. En cuanto a l@s obrer@s de Petrogrado, sometid@s a un régimen de terror, a la ley marcial, no pudieron acudir en ayuda de Cronstadt.

Un antiguo oficial zarista, el futuro mariscal Trujachevski, partió al mando de un cuerpo expedicionario compuesto de tropas que fue menester seleccionar cuidadosamente, pues gran cantidad de soldados rojos se negaban rotundamente a disparar contra sus hermanos de clase. El 7 de marzo comenzó el bombardeo de la fortaleza. Con el título de «¡Que el mundo lo sepa!», l@s asediad@s lanzaron un último llamamiento: «La sangre de l@s inocentes caerá sobre la cabeza de l@s comunistas, loc@s, furios@s ebri@s de poder. ¡Viva el poder de los soviets!». Los sitiadores pudieron desplazarse sobre el hielo del golfo de Finlandia y, el 18 de marzo, vencieron la «rebelión» en una orgía de matanzas.

L@s anarquistas casi no intervinieron en este episodio. El comité revolucionario de Cronstadt había invitado a colaborar a dos libertarios: iáchuk (animador del soviet de Cronstadt en 1917) y Volin. Sin embargo los mencionados no pudieron aceptar la invitación, pues l@s bolcheviques les habían encarcelado. Como observa Ida Mett en *La Révolte de Cronstadt*, l@s anarquistas sólo influyeron «en la medida en que el anarquismo difundía también la idea de democracia obrera». Pese a no haber tenido participación activa en el acontecimiento, l@s anarquistas lo sintieron como propio. Así, Volin expresaría tiempo después: «Cronstadt fue la primera tentativa

popular totalmente independiente de liberarse de todo yugo y de realizar la Revolución Social: un intento hecho directamente (...) por las propias masas laboriosas, sin "pastores políticos", sin "jefes" ni "tutores"». Y Alexandr Berkman declaró: «Cronstadt hizo volar en pedazos el mito del Estado proletario; demostró que la dictadura del Partido Comunista y la Revolución eran incompatibles».

El anarquismo muerto y revivido

Aunque l@s anarquistas no cumplieron un papel directo en el levantamiento de Cronstadt, el régimen bolchevique aprovechó la oportunidad para terminar con una ideología que seguía inspirándole temor. Pocas semanas antes del aniquilamiento de Cronstadt, el día 8 de febrero, había muerto en suelo ruso el viejo Kropotkin, y sus funerales dieron motivo a un acto imponente. Sus restos mortales fueron seguidos por un enorme cortejo de cien mil personas, aproximadamente.

Entremezcladas con las banderas rojas, flotaban por encima de la multitud las banderas negras de los grupos anarquistas, en las cuales podía leerse en letras de fuego: «Donde hay autoridad, no hay libertad», según relatan los biógrafos del desaparecido, aquella fue «la última gran manifestación contra la tiranía bolchevique, y mucha gente participó en ella para reclamar libertad como para rendir homenaje al gran anarquista».

Después de Cronstadt, se arrestó a cientos de anarquistas. Pocos meses más tarde, la libertaria Fanny Baron y ocho de sus compañer@s eran fusilad@s en los sótanos de la Cheka de Moscú.

El anarquismo militante había recibido el golpe de gracia. Pero fuera de Rusia, l@s anarquistas que habían vivido la Revolución Rusa emprendieron la gigantesca tarea de criticar y revisar la doctrina, con lo cual dieron renovado vigor y mayor concreción al pensamiento libertario. A principios de septiembre de 1920 el congreso de la alianza anarquista de Ucrania, conocido por el nombre de Nabat, había rechazado categóricamente la expresión «dictadura del proletariado»

la atrincherada en el Partido, por l@s funcionari@s y por un puñado de jefes. Poco antes de su desaparición, en su «Mensaje a l@s Trabajadores de Occidente», Kropotkin señaló con angustia el encubrimiento de una «formidable burocracia»: «Para mí, esta tentativa de construir una república comunista sobre bases estatistas fuertemente centralizadas, bajo el imperio de la ley de hierro de la dictadura de un partido, ha acabado en un fracaso formidable. Rusia nos enseña cómo no debe imponerse el comunismo».

En su número del 7 al 14 de enero de 1921, el periódico francés *Le Libertaire* publicó un patético llamamiento dirigido por l@s anarcosindicalistas rus@s al proletariado mundial: «Compañer@s, poned fin a la dominación de vuestra burguesía tal como lo hemos hecho nosotr@s en nuestra patria. Pero no repitáis nuestros errores: ¡no dejéis que en vuestro país se establezca el comunismo de Estado!».

Impulsado por esta proclama, el anarquista alemán Rudolf Rocker escribió en 1920 *La banqueroute du Communisme d'Etat*. Esta obra, aparecida en 1921, fue el primer análisis político que se hizo acerca del proceso de degeneración de la Revolución Rusa. A su juicio, no era la voluntad de una clase lo que expresaba en la famosa «dictadura del proletariado», sino la dictadura de un partido que pretendía hablar en nombre de una clase y se apoyaba en la fuerza de las bayonetas. «Bajo la dictadura del proletariado, en Rusia ha nacido una nueva clase, la comisariocracia, que ejerce sobre las grandes masas una opresión tan rigurosa como la de antaño hacían sentir los paladines del antiguo régimen». Al subordinar sistemáticamente todos los ele-

mentos de la vida social a la omnipotencia de un gobierno investido de todas las prerrogativas, «debía desembocar necesariamente en la formación de esta jerarquía de funcionari@s que resulto fatal para la evolución de la Revolución Rusa». «L@s bolcheviques no sólo han copiado el aparato estatal de la sociedad de otrora, sino que también le han dado una omnipotencia que ningún otro gobierno se arroga».

En junio de 1922, el grupo de anarquistas rus@s exiliad@s en alemania publicó en Berlín un librito revelador, salido de la pluma de A. Goriélik, A. Kómov y Volin, que llevaba por título Répression de l'Anarchisme en Russie Soviétique. A principios de 1923, apareció una traducción francesa debida a Volin. Esta obra constituía una relación alfabética del martirologio del anarquismo ruso. Alexandr Berkman, en 1921 y 1922, y Emma Goldman, en 1922 y 1923, publicaron una serie de opúsculos en donde relataban las tragedias que habían presenciado en Rusia.

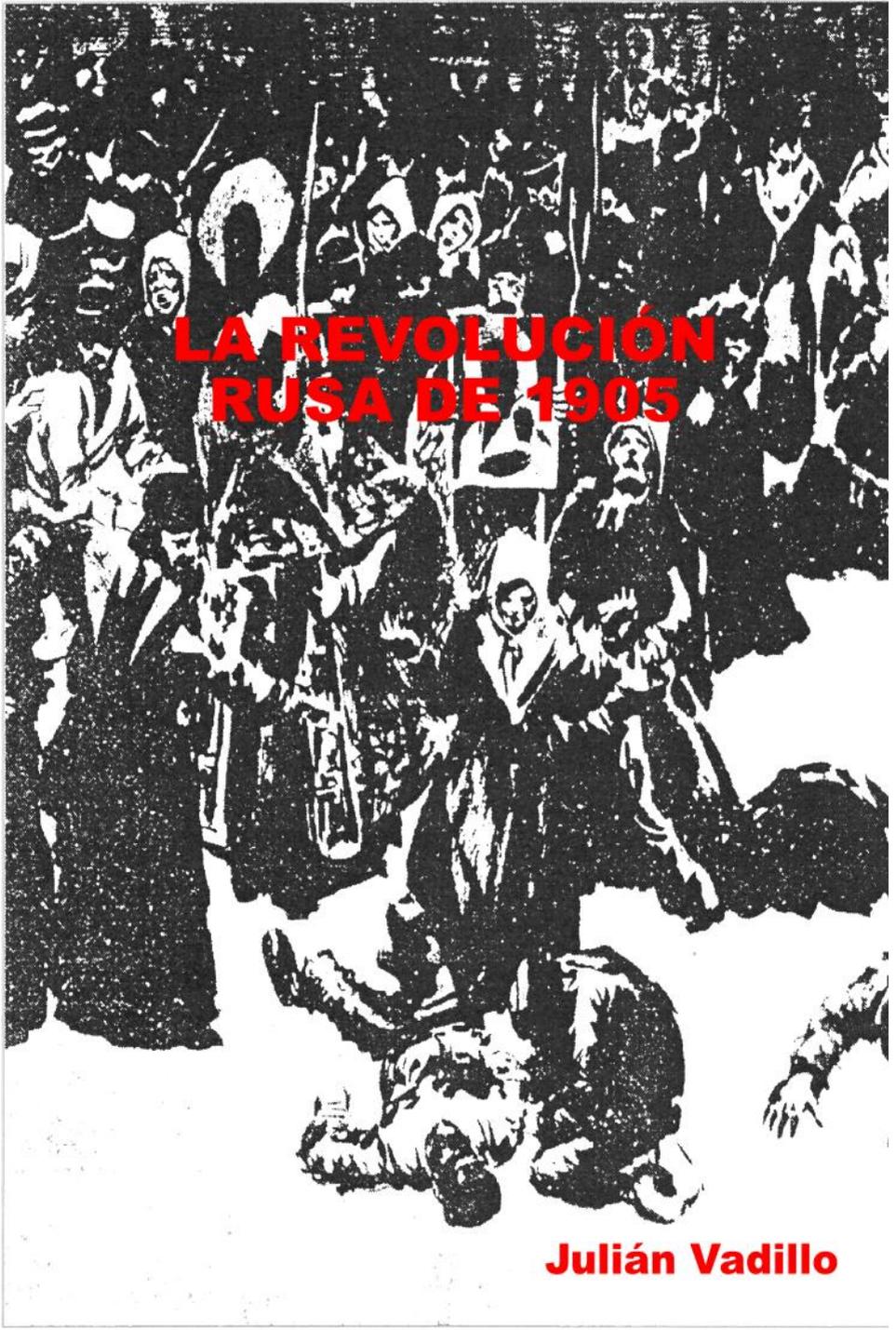
También Piort Archimov y el propio Néstor Makhno, que habían logrado ponerse a salvo en Occidente, dejaron escrito de sus experiencias.

Muchos años después durante la segunda guerra mundial, G. P. Maximov y Volin (La revolución desconocida, Ed. Campo Abierto. Madrid, 1977) escribieron los dos grandes clásicos de la literatura libertaria sobre la Revolución Rusa, esta vez con la madurez de espíritu que confiere la perspectiva de los años.

En opinión de Maximov, cuya crónica apareció en lengua inglesa, la lección del pasado nos proporciona la certidumbre de un porvenir mejor. La nueva clase dominante de la URSS no puede ni debe vivir eternamente; el socialismo libertario la sucederá. Las condiciones objetivas conducen a esta evolución: «¿Puede concebirse (...) que l@s trabajadores quieran que l@s capitalistas retornen a las empresas? ¡Jamás! Pues se rebelan precisamente contra la explotación por parte del Estado y sus burócratas». La finalidad que persiguen l@s obrer@s es reemplazar esta gestión autoritaria de la producción por sus propios consejos de fábrica y unir dichos consejos en una vasta federación nacional. En suma, desean la autogestión obrera. De igual modo, l@s campesin@s han comprendido que ya no se puede volver a la economía individual y que hay una sola solución: la agricultura colectiva y la colaboración de las colectividades rurales con los consejos de fábrica y los sindicatos. En una palabra el único camino es la expansión del programa de la Revolución de Octubre en un clima de libertad.

Cualquier tentativa inspirada en el ejemplo ruso, afirma resueltamente Volin, desembocaría fatalmente en un «capitalismo de Estado basado en la odiosa explotación de las masas», es decir, en la «peor forma de capitalismo, la cual no tiene ninguna relación con la marcha de la humanidad hacia la sociedad socialista». Sólo podría promover «la dictadura de un partido, que conduce ineluctablemente a la represión de la libertad de palabra, de prensa, de organización y de acción, incluso para las corrientes revolucionarias» represión de la cual sólo está excluido el partido que ocupa el poder y desemboca en una «inquisición social» que ahoga «hasta el hálito de la Revolución». Volin termina diciendo que Stalin «no nació del aire», que Stanlin y el estalinismo son simplemente la consecuencia lógica del sistema autoritario fundado y establecido entre 1918 y 1921. «Esta es la lección que da al mundo la formidable y decisiva experiencia bolchevique: una lección que viene a corroborar notablemente la tesis libertaria y que, a la luz de los acontecimientos, será pronto comprendida por tod@s l@s que padecen, sufren, piensan y luchan».





**LA REVOLUCIÓN
RUSA DE 1905**

Julián Vadillo



Introducción

La revolución rusa de 1905, fue el primer acto revolucionario de renombre internacional en el siglo XX y la inauguración de un proceso que en la primera mitad del siglo pasado fue de enorme importancia para la humanidad. Desde ese 1905 numerosos fueron los acontecimientos revolucionarios que se sucedieron. En 1909 se produjo la revolución en Barcelona que se ha conocido como "Semana Trágica". En 1910 se produjo la Revolución mexicana y la primera revolución en China. En 1917 la transformación definitiva en Rusia. En 1918 la revolución en Alemania. En 1919 en Hungría. Y así una larga lista hasta la transformación más profunda, la de España en 1936.

Pero todo lo anterior vino precedido por el terremoto de Rusia en 1905. Rusia se había convertido desde hacía tiempo en un referente para el mundo revolucionario, por la cantidad de exiliad@s que tenía y que luchaba por un mundo mejor, tanto en su tierra como fuera de ella. Pero desde 1905, ese referente tomó forma universal y cualquier revolucionari@ tuvo a Rusia como paradigma, para bien o para mal.

El estudio de la Revolución rusa, a grandes rasgos, se puede hacer desde distintas fechas. Hay quien sólo toma como referente la gran transformación que se efectúa en 1917 y años posteriores. Algun@s empiezan a ver corrientes del cambio desde la revolución costumbrista en 1825.

De este acontecimiento de 1905 poco se ha dicho. Sin embargo, ese año la revolución en Rusia toma toda la tradición revolucionaria anterior y marca la pauta para los cambios posteriores. Porque probablemente, y no es la intención de hacer ucronías, si en 1905 no hubiese estallado ninguna revolución, Rusia hubiese tardado mucho tiempo en transformarse y se hubiese quedado anquilosada en unas estructuras políticas, económicas y sociales medievales.

Pero nuestra intención no es sólo rememorar aquellos acontecimientos. Queremos rescatar lo que el movimiento anarquista representó en esas horas decisivas. El legado del anarquismo ruso que será tenido en cuenta por el anarquismo internacional. Porque muchas historiografías vacían de contenido la idea anarquista en la Revolución de 1905. Y si bien el papel del movimiento libertario no fue el determinante, sí jugó una baza importante y tuvo una implantación más que aceptable. Rusia y el anarquismo tendían a confundirse.

Veremos cómo la Revolución de 1905 provoca el surgimiento de una estructura organizativa de amplio espectro y que hoy también está desfigurada, tanto por liberales como por marxistas. Nos referimos al soviét o consejo, cuyo origen, formación y funcionamiento tiene mucho que ver con la práctica anarquista.

Aunque la Revolución de 1905 fue aplastada por un falso reformismo que también fue apartado, sus enseñanzas sirvieron para los futuros levantamientos revolucionarios.

Cien años después esas enseñanzas siguen completamente vigentes y l@s revolucionari@s de hoy mucho tenemos que aprender de l@s revolucionari@s de ayer. Porque todas las cuestiones que hoy nos atañen ayer también estaban vigentes. Y si la lucha de antaño logró doblegar la maquinaria estatal y capitalista, sus enseñanzas nos son de utilidad.

Situación de Rusia

Hasta 1867 Rusia era un vasto imperio plurinacional gobernado por una monarquía absoluta que se creía de origen divino. Se extendía por tres continentes: Europa, Asia y América. Aunque vendió sus territorios americanos (Alaska) a Estados Unidos en 1867, todavía las extensiones

de su territorio le hacían el país más grande del mundo.

Políticamente estaba gobernada por una monarquía absoluta que aún se creía la encarnación de Dios en la Tierra y se autodenominaba autocrática. L@s zares (emperadores) eran l@s soberan@s desde que Alexandr Nevski reagrupara el Principado de Moscovia. En el momento del estallido revolucionario de 1905 dominaban l@s Romanov, dinastía que se entronizó en 1613 y que era de origen lituano. Nicolás II era el zar desde 1894. Mientras Europa avanzaba con revoluciones y cambios, en Rusia todo intento de cambio era abortado. Además, el pueblo tenía todavía la idea benévola de que su dirigente estaba siendo engañado por unos funcionarios corruptos. Según su credo, entre Dios y el Zar no había nadie. Económica y socialmente Rusia era un país feudal o semifeudal. Según el censo de 1897 contaba con una población de 123 millones de personas. La base económica era el campesinado. A finales del siglo XIX un 80% de la población se dedicaba a las tareas campesinas. «El mujik continuaba sobrellevando su vida primitiva en chozas de madera de una sola habitación y con el suelo de tierra, que posiblemente compartía con sus cabras y sus cerdos y subsistiendo de pan, sopa de coles y vodka» (Paul Avrich: "Los anarquistas rusos"). El campesinado había superado el régimen de servidumbre en 1861, merced a las reformas de Alejandro II. Pero en la práctica nada cambió. De hecho, si en los primeros años de este cambio l@s campesin@s sí notaron la diferencia, a posteriori la situación empeoró de tal manera que algun@s añoraban la época previa a 1861. El mir, o tierra comunal, subsistió hasta 1906, pero la gran cantidad de campesin@s sin tierra que existía lo hizo completamente ineficaz, aparte de estar boicoteado por las autoridades autocráticas. La clase dominante se contabilizaba, según algunas fuentes, en 103.000 propietari@s de tierras, de l@s cuales unas 100 familias controlaban las grandes extensiones de propiedad y eran las principales fuentes de poder.

A pesar de todo, las formas industriales de producción se fueron extendiendo sobre todo en los grandes centros urbanos. A la altura de 1905 existían en Rusia entre 3 y 4 millones de trabajadores industriales. Pero su situación no era mucho mejor: «Esclav@s poco antes, l@s obrer@s industriales se encontraban arrancad@s de sus pueblos nativos y amontonad@s en los escualidos dormitorios de las fábricas de las grandes ciudades. Víctimas de los insensibles capataces y directores de fábrica, con unos salarios miserables, reducidos muchas veces por pequeñas infracciones de las reglas de la empresa, y sin ninguna posibilidad legal de comunicar sus quejas, l@s trabajadores sólo con suma dificultad conseguían ajustarse a su nuevo modo de vida» (Pazhitnov). Se impulsaron sobre todo las zonas industriales de Moscú y San Petersburgo (posteriormente Petrogrado y, después, Leningrado) destacaron las fábricas Bálticas, los astilleros Nevski y la fábrica Putilov, base de muchos movimientos revolucionarios. La explotación de los recursos naturales rusos, de gran abundancia, se produjo en la zona petrolera de Bakú (actual capital de Azerbaiyán) y la zona hullera del Donetz (en la actualidad Ucrania).

La base revolucionaria de Rusia fue, pues, el campesinado y el proletariado industrial. Pero el desarrollo de los círculos estudiantiles también fraguó muchos movimientos revolucionarios. En 1884 un estatuto universitario clausuraba sus círculos, por lo que las tareas conspirativas del estudiantado crecieron mucho. Trataremos esto un poco más en los orígenes revolucionarios de 1905.

La religión oficial rusa era la ortodoxa. Los popes desde sus púlpitos introducían ideas oscurantistas que mantenían a la población en la ignorancia merced a que los derechos de educación también estaban cercenados.

Rusia era un territorio plurinacional. El grupo más amplio era el de l@s grandes rus@s, que

representaban las dos terceras partes de la población. Su talante siempre fue el de la rusificación, es decir, extender todo lo relacionado con su cultura, costumbres y formas a las restantes nacionalidades internas. Su ideología, en los sectores más progresistas, la definían como paneslavista. Le seguían l@s pequeñ@s rus@s, que eran l@s ucranian@s, l@s rus@s blanc@s o bielorrus@s y l@s polc@s, letones, lituan@s, etc. Tod@s est@s, sobre todo l@ polac@ y l@ ucranian@, desarrollaron sentimientos nacionalistas. Por último nos quedan l@s judí@s, que sufrieron numerosos progromos y fueron centro de la ira de much@s. En 1905 el ministro del Interior Pleve, partidario de la rusificación, impulsó una política antisemita, acusando a l@s judí@s de ser l@s responsables de los acontecimientos revolucionarios de 1905.

Nos encontramos, pues, ante un panorama de pauperización, con un régimen político despótico y unas estructuras atrasadas. El ensimismamiento que tanto el zarismo como la religión ejercían sobre el pueblo poco a poco fue diluyéndose y generó la aparición de los primeros movimientos renovadores y revolucionarios que cambiarían la forma de pensar y las estructuras en Rusia.

Las ideologías político-sociales

Si algo ha ido fuertemente unido al progreso de la humanidad ha sido la aparición de ideas y pensamientos que han conseguido agitar las conciencias de las gentes. La Revolución rusa no ha sido menos. Vamos a analizar algunas corrientes, porque a la hora de especificar su participación en los acontecimientos, agrandaremos lo que aquí exponemos. Igualmente trataremos brevemente el anarquismo, si bien dedicaremos posteriormente un capítulo especial a su desarrollo y participación durante la Revolución de 1905.

Liberalismo: El movimiento liberal tuvo sus primeros focos entre la nobleza. Muchos de los militares de alta graduación que habían participado en las guerras napoleónicas conocieron de cerca ese ideario. Por ello es la nobleza uno de los sectores que se rebela contra el régimen zarista en 1825 en la llamada revolución decembrista (aunque esta revolución también se extendió entre l@s campesin@s y otras capas sociales). Pero a la altura de 1905 el movimiento liberal es muy minoritario y prácticamente residual. La llamada "intelligentsia" había desarrollado tal movimiento y se quedaba como fruto de esas capas acomodadas que veían que sólo la revolución burguesa y liberal sería suficiente para sacar a Rusia de su atraso económico. Cuando la Revolución de 1905 fuerza la apertura de la Duma (parlamento), l@s liberales fundan el que será su partido más representativo el Partido Constitucional-Demócrata, conocido como Partido Kadete (pues las siglas de Constitucional-Demócrata en ruso daban ese sonido). Este partido también fue conocido como Partido de la Libertad del Pueblo. Aun así su influencia fue realmente escasa, aunque iba en constante crecimiento.

Populismo: Fue un movimiento característicamente ruso (que no hay que confundir con los populismos latinoamericanos). El populismo aunaba en su seno las corrientes de un pasado idílico con un contenido progresista. Fue un movimiento puramente romántico que nació de la inspiración de Alexandr Herze. El populismo poco a poco se fue organizando como corriente y dio lugar a la creación de una organización, Narodnaia Volia (La Voluntad del Pueblo). De ideario poco definido, La Voluntad del Pueblo cayó en acciones terroristas, confundiéndose en ocasiones con otro movimiento de amplia implantación en Rusia: el nihilismo.

Durante los sucesos de 1905 el partido que mejor aglutinaba las aspiraciones del populismo fue el Partido Social-Revolucionario (PSR) nacido en 1900. De base agraria, toma casi todos los

postulados de Herzen, aunque también bebe del terrorismo propio del nihilismo y de la acción directa más propia del anarquismo. Fue una de las opciones revolucionarias en 1905, aunque con posterioridad el partido se dividió en la tendencia de derecha conocida como eserista, la tendencia de izquierda y los maximalistas, que acabaron uniéndose a los anarquistas.

Marxismo: Al igual que otras ideologías revolucionarias, el marxismo creció con fuerza fuera de las fronteras de Rusia. Fue Georgi Plejanov el primero en introducir el marxismo en Rusia, creando el grupo Liberación del trabajo. Al principio embrionario, pues el movimiento populista estaba más extendido, a partir de 1898 creció el marxismo, merced a que ese año se funda en Minsk el Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia (POSDR), que tenía como precedente la Unión de Lucha para Liberación de la Clase Obrera. Uno de sus órganos de expresión fue Iskra (la chispa). En su II Congreso (Londres, 1903) el partido tuvo una división interna en dos facciones. Por una parte la encabezada por Lenin, que consideraba que el triunfo revolucionario en Rusia solo vendría si el POSDR encabezaba un movimiento revolucionario impulsado por el proletariado industrial. Mientras que la facción de Martov (y por entonces también Trtski) consideraba que el cambio tenía que ser paulatino y se tendría que producir primero el cambio de las condiciones objetivas para poder pasar a las condiciones subjetivas propias de la filosofía marxistas. A la primera corriente se la llamó Bolchevique (mayoría) y a la segunda menchevique (minoría). En esta situación llegan a la Revolución de 1905, pues la ruptura definitiva no se produciría hasta 1912, cuando la facción bolchevique se constituye como partido sin renunciar a la terminología socialdemócrata.

Dentro de este grupo habría que incluir al Bund, el partido socialdemócrata de los Judíos. Aunque dividido en varias facciones y muy extendido por todo el territorio, el Bund fue un movimiento muy determinante en numerosas cuestiones de política revolucionaria de Rusia.

Anarquismo: Dos de las grandes figuras del anarquismo fueron rusas, Mijail Bakunin y Piotr Kropotkin, pero se hicieron anarquistas fuera de Rusia. El desarrollo del anarquismo ruso fue muy limitado hasta prácticamente el siglo XX. Merced a la poca claridad de ideas, se tendía a confundir al anarquismo con el populismo y con el nihilismo. Los grupos minimamente organizados estaban en Moscú, San Petersburgo y la que fue la ciudad del anarquismo en Rusia, Bialystok. Sacaron órganos de expresión y realizaron en algunas ocasiones incautaciones de tierras. También propagaron los escritos de autores como Kropotkin, Malatesta o Merlino. Pero si por algo se caracterizó el anarquismo ruso fue por las distintas tendencias que mostró dentro de Rusia, entre los partidarios de la acción terrorista, los partidarios del comunismo o los partidarios del sindicalismo. Cada sector lo analizaremos posteriormente con más profundidad.

Las acciones terroristas: El terrorismo ruso tuvo bastante importancia hasta prácticamente los albores de la Revolución. Una de las principales fuentes inspirativas fue el nihilismo. Al principio fue un movimiento cultural, cuyo desarrollo se debe a personajes como Dobroliubov, Pisarev y en menor medida Chernichevski. Estas corrientes al final acabaron con acciones individuales de carácter terrorista. Consideraban que el principal problema eran determinadas figuras que retrasaban el desarrollo de Rusia. Eliminando tal figura se eliminaba el problema. Los nihilistas influyeron con su propaganda a los populistas y a determinados grupos anarquistas, contagiados por la idea distorsionada que sobre el anarquismo dio Serguéi Nechaev. Así se produjo el atentado que acabó con la vida de Alejandro II en marzo de 1881. Esta acción fue completamente impopular, pues el pueblo ruso no entendió esa actitud. Todos los autores eran miembros de Narodnaia Volia y fueron condenados a muerte. Graneveztki fue el autor material del atentado. Fue condenado a muerte junto a Perovskaia, Jeliabov, Kibalchich, Mijailov y Rysa-

ministros, sobre todo del Interior, fueron ejecutados por difusos movimientos terroristas, la mayoría de ellos vinculados al PRS. Así Balmachov ejecutó al ministro Sipiaguin, Sazonov a Pleve y Kaliagev ejecutó al gran duque Sergio. Estas acciones servían para que las autoridades ejercieran una fuerte represión contra el movimiento organizado a través de la Ojrana, la policía política del zarismo.

El estallido revolucionario

Hemos comprobado anteriormente que Rusia, a pesar de tener un régimen político, económico y social anclado en posicionamientos feudales, desarrolló un movimiento contestatario y de oposición que cada vez se fue haciendo más fuerte. Y hemos visto ya cómo determinadas ideologías hicieron acciones contra el zarismo, unas más afortunadas que otras.

Al final del siglo XIX la situación rusa se tornaba cada vez más convulsa. En 1884 un decreto clausuraba y prohibía la formación de círculos y sociedades estudiantiles, que cada vez eran más antizaristas. Los estudiantes se convierten desde entonces en un eje de oposición y el Gobierno considera que el único camino para aplacar este frente es la represión y la incorporación de los estudiantes al Ejército. En respuesta a estas medidas, el estudiante Karpovich asesinó en 1901 al ministro de Educación Bogolopov.

Aparte de los conflictos nacionalistas, que iban en aumento, los trabajadores también comenzaron a movilizarse. En 1899 se desataba una dura crisis depresiva en la industria textil. Igualmente en 1903 los obreros petrolíferos de Bakú y Batum comienzan una lucha por las mejoras de sus puestos de trabajo. Esta actitud de lucha se extendió a varias zonas de Ucrania.

A estas cuestiones hay que añadir lo impopular que estaba comenzando a ser la guerra ruso-japonesa. Iniciada en febrero de 1904, la propaganda rusa fue tremendamente triunfalista. A finales de año la derrota rusa era una realidad y la pérdida de Port Arthur en diciembre de 1904 fue la chispa que desencadenó los acontecimientos.

Poco a poco se van formando círculos obreros y de oposición política. Socialdemócratas, social-revolucionarios y anarquistas extienden cada vez más sus actividades, sobre todo en las grandes ciudades. Este avance del movimiento obrero hace que las autoridades intenten controlarlo. Se crean por ello organizaciones obreras legales para vaciar de contenido revolucionario las protestas y así ofrecer visos de preocupación de las autoridades ante el problema obrero. La Ojrana infiltra en estos círculos a elementos adeptos a elle. En Moscú lo hace Zubatov y en San Petersburgo el pope Gapón.

Zubatov fue rápidamente descubierto, por lo que no pudo llevar a cabo su plan. Sin embargo Gapón en San Petersburgo llevó una actividad muy disimulada, hasta tal punto que finalmente llegó a confraternizar con los trabajadores. Constituyó las llamadas Secciones Obreras, donde se excluyó la participación de los miembros de partidos y organizaciones revolucionarias. Se instruyó a los obreros en la lucha legal para controlar sus actividades. La misión de Gapón era precisamente alejarlos de cualquier influjo revolucionario.

A finales de 1904 hubo problemas laborales en la fábrica Pulitov, donde Gapón tenía adeptos. Se planteaba hacer la huelga general. Gapón intentó que la movilización se llevara por cauces legales. Pero no resultó eficaz tal actitud, por lo que los obreros pedían explicaciones a Gapón de porqué se estaba utilizando esa vía. Al final se accedió a redactar un manifiesto donde se expondría la situación de los obreros y se entregaría directamente al Zar. Se mostraba una vez más la idea de benevolencia que el pueblo tenía respecto al Zar.

Aquí vieron la oportunidad l@s social-revolucionari@s (que entonces tenían más adept@s) y solicitaron que las peticiones no fueran tan complacientes con el régimen. Prácticamente su programa mínimo quedó reflejado. Pedían libertad de expresión y asociación, educación pública y gratuita, igualdad ante la ley, libertad para l@s pres@s polític@s, legislación laboral, paulatina entrega de la tierra al campesinado, separación Iglesia-Estado, etc. Era una petición moderada, típica de una revolución burguesa y democrática, pero que para el zarismo significa nada menos que su propia desmantelación.

Gapón había confraternizado con l@s obrer@s aunque desde una posición triunfalista. Veía cómo el zarismo podía caer y el sería el idolatrado líder de las masas. Incitó a un juramento por el cual si el Zar no aceptaba las peticiones o eran reprimid@s, l@s súbit@s se podrían considerar devinclud@s del Zar y habría que utilizar todos los medios para demostrarlo.

Se acordó que el día 9 de enero de 1905 se haría la marcha hasta el Palacio y allí una delegación encabezada por Gapón le entregaría la solicitud al Zar.

Pero el Zar no estaba en San Petersburgo y la orden era represión. Los soldados abrieron fuego contra las masas de trabajadores indefens@s, que en muchos casos portaban iconos religiosos e incluso retratos de Nicolás II. La masacre se había consumado. Gapón fue herido y sacado fuera de Rusia. Se conoció este acontecimiento como Domingo Sangriento. El divorcio entre el Zar y el pueblo ya era una realidad.

Gapón fue cuidado por l@s social-revolucionari@s, pero al final volvió a entrar al servicio del Estado zarista, presa de la desesperación y de la vida desenfundada. Esta vez fue descubierto y ejecutado por l@s trabajadores cuando volvió a Rusia años después.

Pero el mes de enero de 1905 fue el inicio de la llamada que ya no pararía en Rusia hasta la liquidación del zarismo.

Es en este contexto de lucha donde hay que situar el nacimiento del soviét. La historiografía liberal y marxista tienden a confundir el nacimiento de este órgano obrero. Para algun@s historiadores como Oskar Anweiler, el soviét como tal nace en verano de 1905. Otr@s sitúan su origen en la comisión oficial de Chidlovski. Para otr@s el verdadero origen es a final de 1905, cuando León Trotski toma el poder del soviét de San Petersburgo. Pero es Volin (Vsevolod Mijáilovich Eichebaum) quien nos narra mejor cómo surgió el soviét, merced a que él estuvo presente en ese acontecimiento.

El nacimiento del soviét se produjo en enero-febrero de 1905. Para Volin «El nacimiento del soviét fue un acontecimiento completamente privado, en ambiente muy íntimo, al abrigo de toda publicidad, al margen de toda campaña o acción de envergadura».

A tenor de la huelga de la fábrica Pulitov y la represión del Domingo Sangriento el 9 de enero de 1905, Volin se va convirtiendo en un referente entre determinadas personalidades del movimiento obrero. Antes de la movilización él ya advirtió que el Zar no iba a ceder ante semejante postura.

Tras la movilización llegó a casa de Volin un desconocido, Georgi Nossar, que al igual que Volin, simpatizaba con el movimiento obrero pero no pertenecía a ningún partido. Nossar conocía a personalidades de la oposición liberal que estaban dispuestos a ayudar a l@s afectad@s por las movilizaciones del 9 de enero.

En casa de Volin se hicieron las primeras reuniones. Allí surgió la idea de la creación del soviét: «Así es como una tarde, en mi casa, donde se hallaba Nossar y, como siempre, much@s obrer@s, surgió entre nostr@s la idea de crear un organismo obrero permanente, especie de comité o más bien consejo que vigilara el desarrollo de los acontecimientos, sirviera de vínculo

entre tod@s l@s obrer@s, les informara sobre la situación y, llegado el caso, pudiera reunir en torno a él las fuerzas obreras revolucionarias».

A este organismo se le dio el nombre de Soviet de Delegad@s Obrer@s. Se ofreció a Volin la posibilidad de ser su presidente, pero como Volin no era obrero rechazó tal proposición en varias ocasiones. Después se lo propusieron a Nossar, que a pesar de no ser obrero, aceptó el cargo con el nombre de Jrustalev. Fue el primer presidente del soviét de San Petersburgo, primero que surgió en la historia. Sacaron una hoja informativa llamada Izvestia (noticias) del Soviet de Delegad@s Obrer@s.

Como hemos dicho algun@s situaron el origen del soviét en la llamada Comisión Chidlovski, que fue el intento gubernamental de articular el control obrero.. Nossar acudió a esta comisión como delegado del soviét, por lo tanto éste ya existía cuando se creó la comisión. Las peticiones de la Comisión Chidlovski eran la jornada laboral de 8 horas de trabajo, el seguro estatal, la libertad de organización y representación y la finalización de la guerra ruso-japonesa. El desarrollo de esta comisión desilusionó al soviét, por lo que Nossar la abandonó.

El soviét se extendió por otras ciudades, pero fue de efímera existencia. El de San Petersburgo se mantuvo durante un tiempo. Fue entonces cuando, en otoño de 1905, Trotski accede a la presidencia. Fue por lo tanto el segundo presidente del soviét de San Petersburgo.

Uno de los puntos más importantes referentes al soviét fue la actitud que el POSDR tuvo hacia él. Todo el empeño de l@s socialdemócratas sobre todo de l@s bolcheviques, fue el de controlar el soviét. Lo consideraban un elemento rival, pues según l@s bolcheviques duplicaba la tarea que debía llevar el POSDR. Emitieron un comunicado para que se pusiera al servicio del partido. El soviét se negó en rotundo. El POSDR lo consideró un organismo apartidista pues su dirigente Nossar era un sin partido, por lo que lo consideraron un rival político.

Nadie puede dudar la importancia que atesoraban los soviets. Según Anweiler «el motivo para la formación de los soviets fue el deseo de agrupar y dirigir su lucha dispersa, y en ningún caso la toma del poder político». Es decir, la introducción de la teoría de la toma del poder del Estado por los soviets surge cuando la influencia socialdemócrata ya ha calado en su seno.

Aún así Anweiler no comparte el origen del soviét en Volin. Según él su origen esta en Ivanovo-Voznesensk en la llamada "Manchester rusa". Es lógico que conozca este origen del soviét pues como dijo Volin su surgimiento primero fue en un ambiente privado y fuera de la publicidad. Los soviets de Ivanovo-Voznesensk se crearon con motivo de las huelgas del textil de esa zona (cerca de Moscú), aunque estaban presididos por electricistas y grabadores. Sus puntos eran: A) Dirigir el paro laboral, B) No permitir acciones ni negociaciones separadas, C) Cuidar de la actitud ordenada y organizada de l@s trabajadores, D) Comenzar el trabajo no antes de que lo conviniera el soviét. El soviét de San Petersburgo lo sitúa en octubre de 1905, aunque sí sitúa a Nossar-Jrustalev como su primer presidente. Es en ese momento cuando el soviét comienza a ser controlado por la facción menchevique.

Como podemos comprobar, la revolución de 1905 no se quedó focalizada en San Petersburgo y Moscú sino que se extendió por diversos lugares de Rusia. En el verano de 1905 ya hemos visto cómo l@s trabajadores del textil de Ivanovo-Voznesensk fueron a la huelga. Las huelgas se extienden hacia el sur y los ferroviarios de Odessa se suman a la movilización.

Estas huelgas que se fueron manteniendo en el tiempo fueron enormemente respaldadas a partir de octubre de 1905, cuando se vuelve a producir una nueva oleada revolucionaria. Aquí es donde hay que situar la revuelta del acorazado Príncipe Potemkim. Este navío había sido enviado para reprimir los movimientos huelguísticos de Odessa por orden del ministro Trepov.

Las condiciones de los marineros a bordo eran extremadamente duras. La comida estaba en mal estado y el comandante Golikov tenía un trato inhumano hacia la tripulación.

Los marineros se rebelan contra sus mandos por sus pésimas condiciones y en solidaridad con las huelgas del interior del país. El marinero Vakulinchuk encabeza al principio la revuelta pero es asesinado por la oficialidad. Matiushenko toma las riendas de la rebelión, iza la bandera roja y elimina a la oficialidad, entre ellos a Golikov. Cuando llegan a Odessa apoyan la huelga allí declarada y muestran el cadáver de Gregori Vakulinchuk. La represión se cierne sobre Odessa y el acorazado parte. Toma como miembros de la tripulación a un grupo de mencheviques que querían dar un impulso político al motín.

Pero la protesta se desinfla y acaban llegando al puerto rumano de Constanza para evitar la feroz represión de las autoridades zaristas.

De la revuelta del Potemkin es de la que más se habla merced a la película de Eisenstein. Los soldados del Zar cada día estaban más disgustados con su situación y en muchas ciudades confraternizaron con l@s huelguistas. Entre el verano y el otoño de 1905 numerosas guarniciones de soldados de Sebastopol y Balistok confraternizaron con las huelgas y las movilizaciones de l@s trabajadores. Destaca por ejemplo la revuelta que encabezó Petrov en el Regimiento de Brest.

Otros acorazados como el Ochakov o el Rostilov también izaron bandera roja a imitación del Potemkin. El oficial de la marina retirado Schmidt se puso a la cabeza del buque Ochakov en Sebastopol. Los marineros, junto con la población civil, contgrolaron la situación y evitaron el más que posible progromo contra l@s judí@s de la zona.

Finalmente le reorganización de las fuerzas gubernamentales logró aplastar la revuelta y Schidt fue fusilado.

Posteriormente desarrollaremos las consecuencias políticas y sociales de estos acontecimientos. Ahora sólo adelantaremos que las autoridades zaristas asediadas frenaron el avance revolucionario con la apertura de la Duma (parlamento) que después ellos mismos clausuraron.

Si bien la Duma frenó la revolución y la represión desmembró parte de las organizaciones revolucionarias a finales de 1905 volvieron a surgir movimientos huelguísticos en la zona de Moscú, aunque en esta ocasión fueron mucho más focalizados. Que no se generalizaran hizo que las huelgas de diciembre de 1905 fueran fácilmente aplastadas. Con ello se cierra el período revolucionario de 1905. Ahora pasemos a analizar el papel que jugó el anarquismo en este movimiento.

El papel del anarquismo

Anteriormente hemos mostrado brevemente que la implantación del anarquismo en Rusia fue cada vez más importante.

Si por algo se caracterizó el anarquismo ruso fue porque todos los grupos buscaban la misma finalidad, la desaparición de la sociedad de clases y la formación de la sociedad sin Estado. Pero no todos los grupos consideraban que había que utilizar los mismos medios para llegar a tal finalidad. Algunos eran más coherentes que otros a la hora de establecer la relación de medios y fines.

Tras los progromos de 1903, fue en las ciudades judías, los shtetls, donde se estructuró un fuerte movimiento anarquista. Bialystok se convirtió en el centro del anarquismo. Esto se debió también a la radicalización del Bund.

L@s anarquistas rus@s tuvieron desde el inicio una fuerte disputa con l@s socialdemócratas. Les acusaban de tener luchas de poder, lo que hacía que sus perspectivas de acción se diluyeran. El marxismo se olvidaba del campesinado ruso en la revolución y sólo centraba su actividad en la minoría proletaria industrial. L@s anarquistas criticaban que las demás corrientes del socialismo contemporizaban con la sociedad existente. Por ello much@s anarquistas se lanzaron a la ocupación de tierras y otr@s a acciones de tipo terrorista.

Todavía en 1903-1904 el movimiento anarquista está en pleno período de formación y es aún un movimiento embrionario.

L@s anarquistas rus@s tienen varias fuentes de influencia propias de la tierra rusa:

- Rescatan el pensamiento de Bakunin y Kropotkin, aún vivo en esas fechas.
- Toman la tradición revolucionaria rusa de Stenka Razin y Yemelian Pugachev.
- Beben de los círculos tolstoianos. León Tolstoi es una figura que alcanza tintes míticos.
- Los círculos de Petrachevsky, que defendía el socialismo de Fourier en San Petersburgo, también son tenidos en cuenta.
- Askasov desarrolla un esclavismo influido por Proudhon, Stirner y Fourier.
- Una parte del anarquismo también se deja influir por algunas corrientes del populismo de Herzen.

Lo curioso es que la mayor fuerza del movimiento anarquista ruso estuvo más fuera que dentro de las fronteras. A pesar de la influencia de Bakunin y Kropotkin, dentro del territorio ruso sólo se conoció durante el siglo XIX a un oscuro personaje como Sergei Genmadierich Nechaev. A pesar de mostrar admiración por Bakunin, fue más un prototipo de dictador y de inductor de atentados. Por ello Bakunin se desvincula de Nechaev.

En Ginebra hay que destacar al círculo kropotkiano del armenio Alexandr Atabekian. Funda la Biblioteca Anarquista que edita en ruso textos de Bakunin, Kropotkin, Malatesta y Merlino.

En 1902 se edita en Londres "La conquista del pan" con el título de Jleb i Volia (pan y libertad). Este mismo título lo utiliza un periódico que surge en Ginebra en 1903. Debajo del título se podía leer la frase de Bakunin «La urgencia por destruir es también la urgencia creadora». Este periódico se introdujo en Rusia y donde tuvo mayor éxito fue en Bailystok a través del grupo Borbá (lucha). El grupo Borbá editó también textos clásicos y la obra de un colaborador de Kropotkin, Vaarlam Nikolaevich Cherkesov, que escribió quizá una de las mejores críticas al marxismo. También editaron un relato sobre la huelga de Chicago de 1886, de Orgiani.

En Londres existía también un grupo de anarquistas judí@s que publicaron los periódicos Der Arbayer Frayind y Zshernal.

Con la revolución de 1905 la influencia de los grupos anarquistas va en aumento. En las manifestaciones últimas de diciembre, el protagonismo corresponde en su mayoría a socialdemócratas y anarquistas. Igualmente, antes de la revolución de 1905, Bialystok tenía grupos anarquistas embrionarios. En octubre de ese año ya existían cinco círculos con un importante trasvase de miembros social-revolucionarios al anarquismo. El soviét de la ciudad es de mayoría anarquista.

Existieron importantes grupos en Varsovia, Vilna, Riga, Minsk, Grodno, Kovno y Gend. A estos hay que añadir el surgimiento de grupos en Moscú y San Petersburgo. Los shtetls también contaban con grupos anarquistas. En el sur aparecen en Odessa y Ekaterinoslav así como en Jarkov, Kiev, el Caucaso y Crimea. En Georgia contaban con un periódico llamado Nobati cuyo miembro más representativo fue Cherkezishvili. Hacia él se dirigieron las críticas de un incipiente Stalin menos conocido.

Determinados grupos anarquistas consideraban que la mejor manera para conseguir la sociedad sin Estado era la acción terrorista. El grupo Chornoe Znamia (bandera negra), aun autodefiniéndose kropotkiano, siguió esta línea. Tenía fuerza en el oeste y en el sur del país. Su órgano de expresión fue Anarjiya (anarquía). Desde su periódico mandaban mensajes incendiarios contra el poder. En el verano de 1905, en Bialystok utilizaron su órgano de expresión para criticar al Estado y la propiedad como los verdaderos enemigos de l@s rus@s y no l@s japoneses. También criticaron la modalidad de lucha que l@s socialdemócratas y l@s social-revolucionari@s empezaron a llevar a cabo. A pesar de todo esto, para sus estrategias más precisas tuvieron contactos con socialdemócratas, social-revolucionari@s, bundistas y sionistas.

Otro grupo en esta línea fue Beznachalie (sin autoridad). Sus puntos fuertes fueron San Petersburgo, Varsovia, Minsk y Kiev. Se proclamaban anarco-comunistas aunque mostraron admiración por Stirner, Tucker, Nietzsche y Nechaev. Su fundador cuyo verdadero nombre era Nicolai Romanov, curiosamente igual que el Zar. Publicaron un periódico titulado Listok Grupy Beznachalie (el panfleto del grupo Sin Autoridad). Mezclaron a Bakunin con Nechaev y a Marx con Kropotkin. Tuvo como continuador del grupo a Rostovtsev, que formaba parte de un grupo anarco-comunista en San Petersburgo en 1905. Tenía una bandera con el siguiente lema: «Por la tierra, por la libertad, por un destino anarquista». Durante la revolución de 1905 hizo llamamientos al luddismo y advirtió de la actitud del Zar. Un infiltrado policial, Dimitir Bogoluvov, provocó la caída del grupo en 1906.

Otros grupos a destacar fueron el Grupo Internacional de Riga y la Organización de Combate del Sur de Rusia. En Kiev y Moscú existían grupos de propaganda. En Kiev destaca Germán Borisevich Sandomirski y Vladimir Ivanovich Zabrezhnev. Surge después el grupo Svoboda (libertad) que distribuye propaganda en Moscú y Nizhi Novgorod.

Ya en 1906 surgieron en Moscú los grupos Svobodnaie Comuna (Comuna Libre), Solidarnost (Solidaridad) y Bezzvlastie (Anarquía). Tuvieron relaciones con el PSR y con el POSDR.

Un grupo de menor importancia numérica pero que también existió fueron l@s anarcoindividuales. Destacan Alexei Aleksevich Borovoi y Lev Chorni. Su propaganda se centro en combatir al Ejército. Critican la táctica de Kropotkin y también la de l@s anarcosindicalistas. Publicaron el periódico Volnyi Rabochi (el trabajo libre). Apoyaron la expropiación de tierra pero con sentido.

La corriente sindicalista surge con fuerza a raíz de que en Rusia se está formando la clase obrera industrial. Para grupos como Bandera Negra o Sin Autoridad, influir sobre el obrer@ no tenía sentido si no es a través de la violencia.

L@s sindicalistas rus@s bebían directamente del sindicalismo francés, cuyo representante más destacado fue Ferband Pelloutier, muy próximo al anarquismo. El sindicalismo revolucionario que surge en Francia tiene como fuentes al anarquismo con su oposición al Estado y a la política profesional impulsando la creación de cconsejos obreros. De l@s marxistas tomaron el concepto de lucha de clases, también inserta en la propaganda anarquista. Del tradeunionismo toman la solidaridad de clase.

El grupo Jleb i Volia de Kropotkin tuvo defensores del sindicalismo como María Kern y Gogelia Orgiani. Los movimientos previos a 1905 lo vieron como el embrión de esa lucha de clases que podía encauzar el sindicato. Abogaron por la creación de un sindicato al estilo de la CGT francesa y a la creación de bolsas de trabajo también formuladas por Pelloutier.

El máximo impulsor del sindicalismo es D. I. Novomirski. Inspirado en el sindicalismo francés, intentó la creación de una Unión Revolucionaria del Trabajo de Rusia. Con ello imprimía al

sindicalismo un carácter anarquista alejando a l@s obrer@s de un sindicalismo oportunista. Contó con apoyo de socialistas, social-revolucionari@s y anarquistas. De hecho, los grupos anarco-comunistas de Jleb i Volia llegaron a aprobar la inclusión de sus efectivos en los sindicatos.

Durante el período de 1905 a 1907, se desarrollaron fuertemente los sindicatos por parte de Ucrania y de Rusia, llegando a aglutinar a casi 5.000 adherentes. Estuvieron muy vinculados a grupos anarquistas, sobre todo en Moscú. Es decir, el impulso de los sindicatos se produce durante el período de 1905 y es gracias a l@s anarquistas.

La emigración rusa en EEUU y Canadá también se organizó sindicalmente por la Unión Anarcosindicalista de Obreros Rusos en EEUU y Canadá.

L@s defensores de la postura sindical rusa vieron que desde finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, las oleadas revolucionarias que llegaban a Rusia eran una prueba de que sólo la organización obrera era la solución para poder sacar al trabajador rus@ de su situación.

La revolución de 1905 vino a confirmar esta hipótesis. De hecho, el surgimiento del soviets lo vieron l@s sindicalistas como ese órgano que recogía la tradición del pasado y preparaba el futuro. Un órgano creado desde la base por l@s obrer@s y vacío de contenido politicista era el objetivo de anarquistas y sindicalistas. Aquí es donde se trabó la lucha contra el POSDR y otras corrientes del socialismo. Much@s anarquistas fueron vetad@s en los soviets. El 28 de noviembre de 1905 el Consejo Ejecutivo de Soviets de Diputados Obreros, ya en manos mencheviques, veta la entrada de l@s anarquistas a los mismos. Lenin apoya tal actitud en un artículo publicado en Novaya Zhin. Y esto a pesar de que el contenido del soviets estaba más cercano al anarquismo que al bolchevismo.

En Rusia tras la revolución de 1905, se repitió un debate generado en el congreso anarquista internacional de 1907. Allí Pierre Monatte defendió la lucha sindical como la única válida y más efectiva para la derrota del sistema capitalista. Por su parte Errico Malatesta consideraba que el sindicalismo era una vía, pero no la única. El sindicalismo era susceptible de reformismo y de caer en el control de l@s socialistas marxistas. Por ello llamaba a la precaución. Siempre que el sindicalismo fuera revolucionario, podría tener posibilidades de éxito, pero sin desdeñar otras vías. Por esto Malatesta fue injustamente tachado de antisindicalista.

L@s anarquistas rus@s entendieron mal las palabras de Malatesta. Los grupos Bandera Negra y Sin Autoridad eran abiertamente antisindicalistas, pues consideraban que el sindicalismo era aceptar las bases legales del sistema y puro reformismo, y que sólo buscaba cuestiones particulares y puntuales. En esta línea están los hermanos Grossman (Juda y Abraham Solomovich).

El anarco-comunista Germán Karlovich Askasov estaba más en la línea de Malatesta y de Kropotkin. Distinguía entre el sindicalismo tradeunionista, que era puramente reformista, y el sindicalismo revolucionario, que hundía sus raíces de lucha en la I internacional. L@s anarquistas podían participar de este segundo, pero cuidado de que no cayera en control partidista, pues sus estructuras eran susceptibles para ello. Aún así Askasov defiende el modelo de lucha revolucionaria puramente anarquista como más efectivo.

Aunque algun@s aplacaron sus discursos, como l@s miembros del primer grupo, tras la revolución de 1905 se forzó la posibilidad de tolerar por el régimen zarista agrupaciones obreras (ya desde principios de siglo existían consejos de fábrica profesionales donde actuaron sindicalistas). Esto permitió la expansión de propaganda sindical por l@s anarquistas, lo que les valió el calificativo de "anarquistas legales".

Pero en algo coincidieron tod@s l@s anarquistas, aunque en el fondo seguían sus diferencias tácticas. El momento de la revolución debía ir acompañado de una enseñanza a todo el ser humano. Rechazaban la profesionalización e intelectualismo en la revolución. Cualquier movimiento vanguardista y con élites desembocaría en una nueva dictadura. Seguían aquí el ideario de Bakunin y de un ex-marxista llamado Jan Vaclav Machayski, que con su obra "El obrero mental" criticaba las corrientes socialistas elitiistas. Machayski también elogió a ideólogos como Kropotkin que daban planteamientos científicos al anarquismo. Por este aspecto también un grupo de anarquistas acusaron a otro de cientificismo y dogmatismo.

Pero de lo que no se puede dudar es de la influencia del anarquismo en aquellas decisivas jornadas. Después fue creciendo en influencia hasta representar una alternativa diáfana al bolchevismo.

Triunfo reformista

Las actividades revolucionarias de 1905 llevaron al zarismo al borde del colapso. Evidentemente el zarismo quería salvar la situación y concedió determinadas prerrogativas que, si para much@s simbolizaban el cúlmen de sus posibilidades, para otr@s eran el primer paso en sus objetivos, pues colmaban sus programas mínimos. Sólo l@s anarquistas y algun@s socialdemócratas veían que la nueva situación era el balón de oxígeno que el zarismo necesitaba para poder salvar la situación.

Hacía tiempo que a las actividades subversivas se había unido el grupo de l@s liberales. Su objetivo era llegar a una situación que forzara la apertura de una Duma, el parlamento ruso, donde poder legislar y establecer una Constitución de talante democrático y liberal. Organizaron sus asociaciones profesionales, también la Unión de Uniones, también la clandestina Unión de la Liberación y finalmente el ya citado Partido Constitucional-Demócrata o Kadete.

Con una situación bastante tensa, el Plan Bulyguin pretendió la apertura de una Duma con un sistema muy restringido. Pero las revueltas lo abortaron. La llegada de Serguéi Witte al Ministerio del Interior impulsó la creación de una Duma más seria.

Las manifestaciones de octubre de 1905 pusieron en jaque al zarismo. Todo el país quedó paralizado. El Zar promulga entonces un manifiesto, el llamado Manifiesto de Octubre, en el que convoca la Duma de Estado a imitación de los Estados Generales en la revolución de 1789. Por ello l@s incondicionales del Zar crean el Partido Octubrista.

Con esto pretendían resolver dos cuestiones:

- Dar una imagen de normalización democrática en el extranjero y poder conseguir así un empréstito.
- Yugular la revolución con una concesión liberal.

Ambos objetivos se cumplieron. Francia concedió el empréstito y la apertura de la Duma para much@s era la conclusión de la revolución, pues todo lo que habría de conseguirse se haría ahora desde la normalidad democrática.

Por ello, una vez que el régimen cogió el aire que necesitaba, le fue fácil emprender la represión. La teórica libertad de prensa pronto fue suprimida y las figuras que habían encabezado el soviét, como Jrustalev y Trotski, fueron encarcelados. Todos los medios fueron efectivos para debilitar la revolución. Los intentos de reacción ya explicados, como la huelga de diciembre de 1905, fueron inútiles.

Por ello lo único tangible que se había obtenido de la revolución de 1905, dejando de lado toda

la enseñanza que después mostró, fue una Duma que cuando el régimen se vio con fuerza también suprimió.

En las primeras elecciones, las organizaciones que se presentan son: la Unión del Pueblo Ruso, un partido de carácter ultrarreaccionario y antisemita. A pesar de entrar en la Duma se consideraba antiparlamentarista y fuertemente zarista. El Partido Octubrista y la Unión 17 de Octubre eran partidos menos reaccionarios, monárquicos, minoritarios y de la alta burguesía. El Partido Kadete o Partido de la Libertad del Pueblo era el partido de la burguesía. Unos querían una república liberal y otros aspiraban a una monarquía constitucional. El lado obrero del parlamento quedaba completado por el PSR y el POSDR. Fuera de ese arco parlamentario estaban l@s anarquistas.

Esta Duma fue clausurada en el verano de 1906. La oposición que dirigió contra Nicolás II forzó su cierre. Muchos diputados se retiraron a Vyborg (Finlandia). Otros prepararon la campaña para la nueva Duma que se iba a abrir. Pero ésta también fue clausurada. Cada Duma que se abría era más conservadora y reaccionaria pero para un régimen como el autocrático zarista era demasiado. Al final fue un órgano completamente controlado por el zarismo.

Las aspiraciones revolucionarias quedaron frenadas por las reformas de Stolypin. Aún así los movimientos antizaristas fueron en aumento y es lo que llevó a que en febrero de 1917 el Zar tuviese que abdicar. Se inauguraba un nuevo período revolucionario que merece un análisis extenso.

Epílogo

La represión que se desató contra las organizaciones revolucionarias mermó considerablemente sus actividades. Con la revolución de 1905 se llega a tres conclusiones importantes:

- Con esta revolución se acaba la leyenda de que el Zar estaba engañado por una burocracia indecorosa y que le impedía escuchar al pueblo. La represión fue dura y a la cabeza de la misma estaba el propio Nicolás II. Su crédito se fue perdiendo y la I Guerra Mundial le sentenció definitivamente.
- Durante las jornadas de 1905 no llegó a cuajar ningún organismo obrero de clase, ya que los soviets estaban en estado embrionario, con ello se abrieron las puertas al oportunismo de cualquier partido político para poder controlar una futura revolución. Esto pasaría factura en 1917.
- Se habían sembrado las semillas para una nueva revolución. El zarismo no era infalible y, aunque recuperó terreno, tras 1905 salió seriamente erosionado.

Entre 1906 y 1916 no hay movimientos destacables en el interior de Rusia. Huelgas y motines existieron. En Sveaborg y Kronstadt se produjeron revueltas de renombre y a tener en cuenta.

En lo que respecta al anarquismo, las leves reformas emprendidas tras la revolución de 1905 fueron criticadas y combatidas, buscando una revolución de más amplio alcance. Estas reformas y la represión merman el anarquismo.

El exilio de l@s anarquistas rus@s tuvo dos focos fundamentales. En París existió la organización Hermandad de los Comunistas Libertarios, donde Karelin hizo una fuerte campaña contra el zarismo y la represión que sufría el anarquismo en tierras rusas.

En apoyo a l@s pres@ws rus@s surgió en 1907 la Cruz Roja Anarquista, que posteriormente se empezó a denominar Cruz Negra Anarquista, para no confundirse con la organización humanitaria homónima.

En 1906 surgió en París el periódico El Petrel. Orientado hacia las teorías de Kropotkin y el sindicalismo, otras plumas más reacias a estas corrientes también participaron en él. Nicolai Rodgaev y Maxim Raevski encabezaban este grupo.

Aparte de la Federación Anarquista de Londres y otros focos en Ginebra con el periódico Buntar, fue en EEUU donde se articuló un fuerte movimiento anarquista ruso. Allí surge el grupo Goloss Truda (la voz del trabajo) y el periódico del mismo nombre. Con el tiempo se convierte en el verdadero órgano de l@s anarcosindicalistas rus@s. En este momento comienza a sonar con fuerza los nombres de personajes anarquistas rusos como Alexandr Berkman (ya famoso en EEUU con anterioridad), Emma Goldman o Volin.

Cuando se preparaba un congreso anarquista internacional en Londres, impulsado por Kropotkin y por Shapiro y que iba a servir para acercar posturas, estalla la I Guerra Mundial. El anarquismo tiene en ese momento una pequeña división entre los llamad@s anarquistas aliadófil@s, que como Kropotkin o Grave, consideraban que el triunfo de las fuerzas germanas sería un retraso para la revolución, y los anarquistas antibelicistas, que consideraban la guerra como un elemento de control capitalista y que los intereses de l@s trabajadores no estaban en ningún bando sino en el triunfo de la revolución.

En el interior de Rusia el anarquismo tardo en reorganizarse por la represión desatada contra él. En 1911 surge en el Instituto Comercial de Moscú un círculo anarquista que compara las tendencias teóricas y prácticas del anarquismo. En 1913 este círculo se constituye en Grupo Anarco-comunista de Moscú y toma contacto con Goloss Truda en EEUU. Entre sus representantes está V. Judolei. Su actividad se propagó como un reguero de pólvora y pronto el anarquismo tomó fuerza en otros lugares. En el interior también se produjeron discusiones entre aliadófil@s, que serán fieles a Kropotkin, y antibelicistas.

Pero en vísperas de la revolución de 1917 el anarquismo estaba reorganizado y con nuevas fuerzas actuando por todo el territorio ruso.

Sin la revolución de 1905 los fenómenos posteriores quizá no hubiesen existido.



TITULOS PUBLICADOS

- ★ **La anarquía - Errico Malatesta**
- ★ **Entre campesinos - Errico Malatesta**
- ★ **Escritos (I) - Errico Malatesta**
- ★ **Escritos (II) - Errico Malatesta**
- ★ **Textos libertarios (I) - M. Bakunin y E. Reclus**
- ★ **Textos libertarios (II) - Gómez Casas y P. Besnard**
- ★ **Textos libertarios (III) - Isaac Puente**
- ★ **Mujeres para la libertad**
- ★ **La ley del número - Ricardo Mella**
- ★ **La coacción moral - Ricardo Mella**
- ★ **Anarquismo y organización - Rudolf Rocker**
- ★ **Textos libertarios (IV) - R. Rocker y W. Tcherkesoff**
- ★ **El Estado y su papel histórico - Pedro Kropotkin**
- ★ **Doce pruebas de la inexistencia de Dios - S. Faure**
- ★ **Textos ateos - Sebastián Faure**
- ★ **Del desarrollo al decrecimiento - Jean Pierre Tertrais**
- ★ **1936. La revolución olvidada - varios autores**
- ★ **Anarcosindicalismo «teoría y práctica» - R. Rocker**
- ★ **Justicia y Libertad - Pierre Joseph Proudhon**
- ★ **El anarquismo contra la locura militar - L. Tolstoi y R. Rocker**
- ★ **Dios y el Estado - M. Bakunin**
- ★ **De la huelga salvaje a la autogestión generalizada - Ratgeb**
- ★ **Anarquismo básico**
- ★ **La psicología de masas del fascismo - Wilhelm Reich**
- ★ **La anarquía - Sebastián Faure**
- ★ **Dinamita cerebral - Antología de los cuentos anarquistas más famosos**
- ★ **El sindicalismo - Sebastián Faure**
- ★ **La revolución social - Sebastián Faure**
- ★ **Sexualidad y movimiento libertario: un debate abierto - R. Cleminson**



